

BOLSUEBROS
BRUGUERA

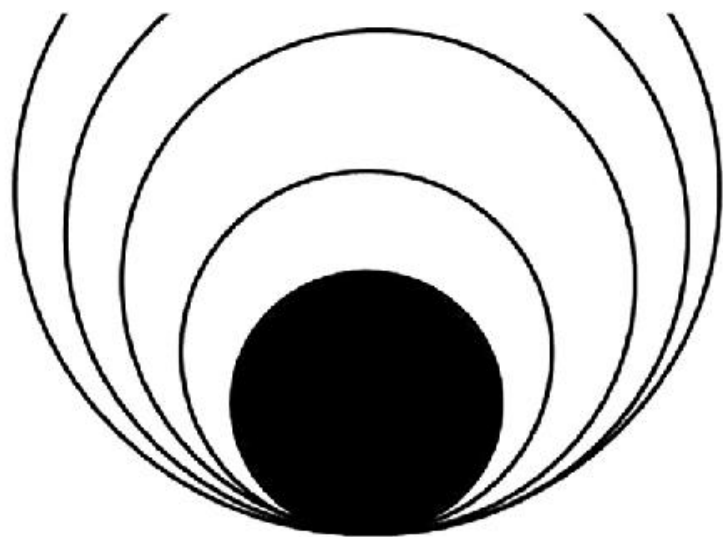
PUNTO
ROJO

LA CONVENCION DE LOS BORREGOS

Ralph Barby



SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS



PUNTO ROJO



ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección **COLORADO:**

838 — La larga espera de la muerte.

En Colección **KANSAS:**

744 — El comisario rebelde.

En Colección **CALIFORNIA:**

881 — Buscando a un tramposo.

En Colección **BRAVO OESTE:**

585 — «Colt» a sueldo fijo.

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.685 — Chasquido mortal.

En Colección **SALVAJE TEXAS:**

1.385 — Ladridos de plomo.

En Colección **PUNTO ROJO:**

1.058 — No matéis los naranjitos.

En Colección **ASES DEL OESTE:**

647 — Los torturados de Nogan.

En Colección **BISONTE, SERIE ROJA:**

1.351 — Más astuto que los coyotes.

En Colección **BÚFALO, SERIE AZUL:**

85 — Una bala para un «Colt».

RALPH BARBY

**LA CONVENCION
DE LOS BORREGOS**

**Colección PUNTO ROJO Nº 1.074
Publicación Semanal**



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

BARCELONA – BOGOTA – BUENOS AIRES – CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 30.556 – 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: noviembre, 1982

2.^a edición en América: mayo. 1983

© **Ralph Barby – 1982**

texto

© **Fabá – 1982**

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPÍTULO PRIMERO

John Hammon; sentado sobre el alto taburete, sorbía ruidosamente el batido de chocolate con leche mientras sus ojillos observaban a la camarera.

Su mirada se filtraba por los cristales redondos de sus gafas. John Hammon era un hombre bajito y gordo, un hombre de cara redonda que no había alcanzado ninguna clase de éxito en toda su mediocre vida.

—Phs, phs...

La camarera se volvió hacia él, acercándosele.

—¿Desea algo más, señor?

—¿A qué hora sales?

—Pues cuando acabo de trabajar —respondió ella, esforzándose por ser amable.

—Te voy a esperar y te llevaré a la gloria.

—Oiga, tómese su biberón, pague y luego olvídense de mí.

—Ya verás, te voy a llenar de billetes.

—¿Ah, sí, ha asaltado el Banco de América?

El hombre se rió como un conejillo, parecía reservarse algo muy importante.

—Tú te lo pierdes. Como tú las tendré a montones.

Puso su dinero sobre el mostrador y se fue hacia la puerta. Ella le hizo un gesto de desdén mientras él alzaba los hombros dándose importancia.

Cuando cruzó la puerta y saltó a la calle, dos hombres muy correctamente vestidos se le acercaron

—¿John Hammon? —preguntó uno de ellos.

—Sí, ¿qué pasa? ¿Quiénes son ustedes? —preguntó, desconfiado.

Uno de ellos sacó su placa encerrada en un protector de piel.

—Agentes federales, departamento fiscal.

—¿Federales? Oiga, que yo he pagado mis impuestos.

—Tranquilícese, sólo se trata de unas preguntas. Acompáñenos.

Se vio cogido por los brazos y conducido a un coche. Entró en la parte posterior junto a uno de aquellos dos hombres mientras el otro se colocaba al volante poniendo en marcha el Chevrolet.

—Yo les juro que he pagado mis impuestos —insistió, sin obtener

respuesta—. ¿Adónde me llevan? Yo no sé nada.

Los dos supuestos agentes federales parecían indiferentes a sus protestas. Circularon por las calles de la ciudad hasta que entraron en un garaje almacén donde había estacionado un camión de gran caja metálica.

—Hemos llegado, bájese.

—¿Dónde estamos? Esto no es una oficina federal.

—Bájese.

Uno se situó detrás él

—No se mueva, vamos a cachearle —le dijeron

—¿Cachearme, por qué? Yo no he hecho nada, se han equivocado.

Le pusieron las manos a la espalda y unas esposas se cerraron en torno a sus muñecas, maniatándole. Fue cacheado y le quitaron la cartera, observando lo que contenía.

John Hammon comprobó que no le tocaron ni un sólo de los pocos dólares que llevaba y tampoco las tarjetas de crédito ni de gasolina.

—Pero, ¿qué quieren de mí? ¿De verdad son federales?

—No cabe duda, es John Hammon, lo dice en su documentación y el carnet de conducir —dijo el que parecía mandar.

—Tranquilícese, no le pasará nada si se porta bien.

John Hammon se fijó en los dos hombres. Eran altos y fuertes. Ambos vestían trajes de cuatrocientos dólares, iban impecables: no obstante, algo le decía que aquellos tipos eran muy peligrosos, especialmente el más delgado de los dos, un individuo que tenía los dientes superiores excesivamente grandes y salidos.

Abrieron el camión por su parte posterior. John Hammon observó que se trataba de un camión frigorífico para transportar pescado congelado, pero ahora estaba vacío.

—Nos vas a decir quién te dio el soplo.

—¿El soplo, qué soplo?

—No te hagas el idiota —le dijo despacio el tipo de los dientes prominentes—. Tú sabes de qué hablamos, dinos quién te dio el soplo y a ti no te sucederá nada.

—¡Yo no sé nada, nada! ¡Vosotros no sois federales, socorro!

Lo cogieron por los brazos sin que pudiera hacer nada, ya que estaba esposado. Lo elevaron en volandas y lo metieron en el camión. Antes de cerrar la compuerta advirtieron:

—Cuando nos digas el nombre del soplón te dejaremos salir.

John Hammon se vio encerrado dentro del camión. Una lucecita se encendió poco después mientras un motor se ponía en marcha. Asustado, dando vueltas sobre sí mismo, buscando algo sin saber qué, lanzando una mezcla de gritos y gemidos, comprobó que por una

rejilla penetraba el frío.

—No, no...

Era verano y John Hammon llevaba poca ropa, ropa ligera, pues por su obesidad era un tipo con tendencia a sudar copiosamente. El frío le asustó. Si descendían la temperatura a veinte grados Celsius bajo cero, lo iban a congelar y no quería morir de frío precisamente en verano.

—No sé nada, nada, nada —repetía.

Con un ataque de locura, se acercó a la doble puerta y comenzó a darle puntapiés.

—¿Crees que ya se ha decidido a hablar? —preguntó uno de los falsos agentes federales mientras fumaban un cigarrillo.

—No hay que apresurarse, ahora está furioso y demasiado entero. Dejemos que la temperatura siga bajando: cuando salga castañeteándole los dientes seguro que nos lo dirá todo.

—¿Y luego?

Horsy, el tipo de los dientes grandes, se rió levemente; para él estaba claro cuál iba a ser el destino de John Hammon.

Lewis miró su reloj de dígitos y después desvió sus ojos hacia Horsy para preguntarle:

—¿No crees que se habrá enfriado suficiente?

—Sí, hace un rato que ha dejado de patear.

—Ahora estará temblando —dijo Lewis.

Abrieron las puertas posteriores del camión y una bocanada de aire gélido les dio en el rostro, contrastando con la temperatura veraniega del exterior.

—Mira, está tumbado en el suelo.

—Eh, tú, levántate. Ahora puedes decir quién te dio el soplo: si hablas, todo irá bien, pero si insistes en callar, bajaremos unos grados más el congelador hasta que te conviertas en un carámbano.

Lewis rezongó:

—No se mueve.

—Métete dentro y arrástralo.

Lewis saltó al interior de la caja del camión y se inclinó sobre John Hammon. Observó su rostro y después de abofetearle, dijo:

—Horsy, este tipo se ha muerto.

—¿Muerto?

—Sí, por lo visto no resistía el frío.

—Imposible, habrá sido otra cosa.

—Míralo tú mismo.

Horsy subió al camión. Le quitaron las esposas.

Lewis preguntó:

—¿Qué hacemos?

—Primero lo congelaremos un poco más.

—¿Lo vas a dejar hecho un helado?
—Sí.
—¿Y luego?
—Se lo preguntaremos al jefe.
—El jefe se va a molestar mucho.
—Sí, supongo que se va a cabrear, pero, ¿qué le vamos a hacer, si el pajarraco se ha muerto?
—No le va a gustar nada —se lamentó Lewis.
—Ya lo sé, pero el tipo este nos ha salido muy débil.
—Ya veremos si el jefe aguanta esto.
—Este tipo ya no le molestará más.
—¿Por qué no llamas al jefe ahora?
Horsy miró hacia el teléfono que colgaba de una pared de aquel garaje almacén.
—De acuerdo, voy a ver cuáles son sus órdenes.
—Dile la verdad, que se ha muerto cagado del susto.
—Descuida, nosotros lo hemos hecho bien.
Lewis, no demasiado convencido, le vio alejarse hacia el teléfono. Miró de nuevo a John Hammon y luego optó por cerrar las compuertas y dejar que su víctima siguiera congelándose.

CAPÍTULO II

Alf Diamond no se movió, se dejó escrutar por los ojos azules de la mujer. Ella le quitó el cigarrillo de los labios y le dio una larga chupada; la ceniza tembló al extremo del pitillo.

Se lo devolvió, poniéndoselo en la boca

—¿Qué le cuento ahora a mi marido?

—Ah, pero, ¿estás casada? —preguntó Alf Diamond con cara de incredulidad

—Eres el cerdo más atractivo que he visto en mi vida.

El hombre la siguió con la mirada mientras ella se metía en el baño. Al poco, oía el rumor del agua de la ducha que debía estar resbalando sobre la piel de aquella hermosa mujer. Quedó pensativo.

—¿Cómo se llama? —se encogió de hombros—. Con llamarla my darling, paso.

Descolgó el teléfono y hundió los botones para marcar una cifra. No tardó en oír una voz áspera de mujer.

—¿Diga?

—¿The Brethren of Cold Company?

—¿Quién llama?

—Diamond, detective privado. Dígale a mister Trackman que quiero hablarle.

—Mister Trackman no ponerse. ¿Quiere dejar recado?

—Dígle que pasará a verle dentro de dos horas. Le conviene recibirme.

Sin esperar a oír más palabras de la mujer que le respondiera, colgó. La ducha también dejó de hacer ruido.

—Goodbye, my darling —dijo Alf a la despampanante rubia al dejarla delante de Coutry Shop Center.

Ella, tras cerrar la portezuela se acercó a la ventanilla y preguntó:

—¿Cuándo nos volveremos a ver?

—Lo siento, no salgo con mujeres casadas.

—¿Ah, no y qué me has hecho entonces?

—Filigranas, my darling.

Puso el coche de nuevo en marcha y ella pareció molestarse.

—No irás a dejarme así, ¿verdad?

Alf Diamond sacó su mano por la ventanilla y con ella le hizo un gesto de adiós.

Se detuvo ante la luz roja de un semáforo. Por el paso de peatones cruzaron varias personas, una de ellas era una mujer que caminaba sobre unos altos tacones, moviendo sus apretadas nalgas con airosa marcha

La chica se volvió hacia el coche y Alf Diamond agradeció la mirada cálida que ella le dedicó. Un bocinazo le recordó que la luz había pasado del rojo al verde y se puso de nuevo en marcha.

La The Brethren of Cold Company tenía sus oficinas la primera planta de un imponente edificio de acero y cristal donde se agrupaban las oficinas de un buen número de empresas.

Tener las oficinas instaladas en el Yellow Glass Building —así se llamaba aquel edificio, especialmente porque todos los cristales que daban a la calle eran amarillos— resultaba de gran prestigio. Las letras BCC destacaban grandes sobre varias ventanas, eran el anagrama de la The Brethren of Cold Company.

Dejó el coche en la tercera planta subterránea, pues había cinco plantas para parking, y el ascensor le llevó a la planta que ocupaba en su totalidad aquella compañía dedicada a la pesca, manufactura y transporte de productos marinos.

Una chica estirada, de cabello corto, con cara de azafata que se las sabe todas y que termina empleando los ascensos profesionales para amargar la vida a las compañeras que tienen éxito con los hombres, preguntó:

—¿Adónde va?

—Me llamo Alf P. Diamond y vengo a ver al señor Trackman.

—Un momento... ¿Trackman, ha dicho?

—Sí, al señor Trackman.

—¿Y usted se llama?

—Alf P. Diamond —repitió lentamente.

La mujer tecleó en un teclado que quedaba al alcance de sus manos y en una pantallita leyó la respuesta.

—Deje su tarjeta, señor Diamond. Cuando el señor Trackman pueda recibirle ya le llamaremos.

Aquella era la forma de pedirle a uno que se muriera y dejara de molestar, porque no iba a ser recibido.

Alf Diamond estaba muy lejos de irritarse. Respuestas como aquella las había recibido a montones. Puso un cigarrillo entre sus labios y le prendió fuego con un fósforo. La chica de Información parecía esperar una respuesta agria, un ruego o una súplica.

Sacó una tarjeta y escribió en ella con su bolígrafo:

LOS ACCIONISTAS HUELEN A PODRIDO Y YO
VOY A REVOLVER EL BASURERO. SALUDOS.

Entregó la tarjeta a la chica recomendándole:

—Si quiere conservar ese asiento para su bonito culo, hágala llegar a mister Trackman.

La chica quiso replicar, mas ya Diamond se alejaba hacia el ascensor.

Había dado ya un primer paso: ignoraba si investigar en la The Brethren of Cold Company iba a llevarle a conseguir algo importante, pero había decidido meter la cabeza en ello y no se echaría atrás.

Cuando hubo circulado unas cuadras por la ciudad tuvo la impresión de que un Ford sedán azul metalizado le seguía. No pisó el acelerador para tratar de quitárselo de encima. Condujo regularmente hasta estacionarse frente al Full Gymnasium.

Cerró el coche y se encaminó hacia el local que tenía sólo dos plantas de altura. Cruzó la puerta y llamó:

—Grass.

Un muchacho delgado como un alambre, con el pelo desordenado y un nicky rayado en rojo y blanco, se le acercó.

—Hola, Mannix.

—Soy Diamond.

—Ya lo sé, Mannix.

—Toma dos dólares y vigila mi coche sin que te vean.

—¿Se lo van a robar?

—No, pero alguien me sigue y no quiero que me deje un paquete dentro. ¿Comprendes?

—Claro que sí, Mannix —asintió el muchacho pecoso—. No quiere que le metan dentro una bomba de goma-2. ¿Cuánto cree que llevarán, medio kilo, un kilo? Con un kilo, le colocan el coche en el tejado.

—Eso creo yo también. Esperemos que se les haya olvidado el explosivo, le tengo cariño a mi coche, ¿sabes?

—Cuando me echen el carnet de conducir me compraré un carro japonés.

—Pues ya coincidimos en algo.

—¿Ah, sí? —preguntó el chico.

—Sí claro, ni tú ni yo compramos coches americanos.

Alf Diamond se internó en el gimnasio dedicado especialmente al adiestramiento del karate y la práctica del full contact.

Nada más entrar pudo oír los gritos de ataque, los kiai que al brotar de algunas gargantas sonaban broncos. Otros eran agudos casi como alfileres.

—Bienvenido, Alf; hace tiempo que no se pone usted el cinturón negro.

Diamond sonrió al japonés.

—He estado fuera de aquí algún tiempo. Por cierto, ¿está O'Clan?

—Mister O'Clan es el que está practicando full contact en el tatami dos.

—Ah, sí. No, no me digas cuál de los dos es O'Clan —le dijo al oriental.

Los dos contendientes tenían las manos enguantadas y las cabezas cubiertas con los cascos protectores.

Los golpes y las patadas se cruzaban entre los dos hombres en un combate duro aunque los protectores impedían que esa dureza pudiera convertirse en mortal.

El que llevaba la máscara amarilla venció a su contrario derribándolo con un combinado de gancho de derecha y talonazo del mismo lado.

—Muy bien, O'Clan.

El ganador se quitó el casco de protección de color rabiosamente amarillo y sonrió. Era un irlandés de pelo de panocha.

—Hola, Alf; no irás a pedirme un combate ahora, ¿verdad?

—No temas, ya veo que estás cansado. O'Clan, tengo algo para ti.

—¿Un trabajo?

—Sí.

—¿Pagas bien?

—Ya sabes, como siempre, te garantizo un ataúd.

—¿Incineración o sepultura?

—Lo que prefieras, especifícalo en el testamento. Lo que no te puedo garantizar en el funeral son las flores.

—Vamos, tomaremos unas cervezas, tengo la boca seca.

—No me digas que han abierto un bar aquí dentro...

—No, claro que no, pero Pipper tiene un cajón frigorífico y él está al margen del gimnasio.

—Pipper... ¿Todavía vive el viejo?

—Sí, está en la puerta de atrás con una sombrilla, vende chicles y cigarrillos. Vamos y me cuentas lo que quieres que haga.

Pipper era ya un hombre muy viejo que veía mal pese a sus gafas, y oía gracias a un audífono. Pareció alegrarse mucho al reconocer al detective privado.

—Alf...

—Hola, Pipper. No terminaba de creermelo que habías montado un negocio.

—¿Un negocio? —se rió Pipper—. Ya ves, chicles y cigarrillos para los de ahí dentro que no deberían fumar.

—Y bebidas clandestinas. ¿Ya pagas tu racket a Al Capone?

—Capone murió hace tiempo, ¿no lo sabías?

—Pues ya no me acordaba.

Alf Diamond trataba de ser amable con aquel viejo que había sido boxeador primero y sparring después porque nunca había sido entrenador.

Bebieron las cervezas. O'Clan preguntó:

—¿De qué trabajo se trata?

—Vas a viajar a Europa.

—Eso me gusta. Gastos pagados, ¿eh?

—Sí, claro, gastos pagados. Allí te informarás.

—¿Sobre qué?

—Construcción de barcos.

—Hombre, eso está bien; ya sabes que entiendo de barcos.

—Por eso te pido que hagas ese trabajo.

—Cuenta con ello.

Alf Diamond le dio unos datos más y luego se despidieron con un apretón de manos.

—Eh, Grass, ¿me han puesto la bomba?

—No, pero me han dado cinco dólares.

—¿Me has traicionado?

—No, claro que no, tu coche no lo han tocado.

—¿Y puedo saber por qué te han dado cinco dólares:

—Para que les contara qué haces tú aquí dentro.

—¿Y qué les has dicho?

—Que eres campeón de full contact, que das unos golpes de muerte y que los tíos se caen con sólo soplarles tú.

—Chico, te has pasado, no es para tanto.

—Tú eres de los buenos, ¿no?

—Ejem... A mí me gusta hacer bien las cosas.

—Oye, ¿y esas mujeres tan «¡uauuuuh» que te llevas...?

—No te pases, chico, no te pases.

—Pues ahí dentro es lo que cuentan todos. Cuando mida uno noventa como tú quiero hacer lo mismo. ¡Uauuuuh!

Alf P. Diamond se rió y luego fue hacia su coche. Algo más lejos estaba estacionado el Ford sedán azul metalizado.

CAPÍTULO III

Alf P. Diamond aplastó el cigarrillo dentro del cenicero de su coche cuando a través del cristal de la portezuela vio salir a los jóvenes del Fine Arts College.

Escrutó los rostros de quienes salían por la puerta. Había hombres y mujeres. Predominaba la juventud, pero también había algunos ya maduros.

Cuando descubrió un rostro de mujer que ya conocía, dio a la llave de contacto. Puso el coche en marcha y abandonó el estacionamiento.

Avanzó hacia los alumnos de la escuela de bellas artes y se detuvo, abriendo la portezuela que correspondía al asiento de al lado.

—¡Sandy!

La mujer joven, de cabellos oscuros y ojos grandes se volvió hacia él y luego dijo a sus compañeros:

—¡Chiao, hasta pasado mañana!

Sandy se metió en el coche, cerró la portezuela y el auto móvil rodó, alejándose. Varias miradas le siguieron.

Diamond miró a Sandy y le dijo:

—¿Ha ido bien la clase?

—No ha ido mal.

—¿Ibas a alguna parte ahora?

—A charlar un rato con los compañeros.

—¿A algún pub?

—¿Me estás interrogando?

—No, Sandy. ¿Has sabido algo de Hammon?

—No.

—¿Y la policía?

—No quiero líos con la policía, pero a Hammon lo han matado.

—Hasta que no encontremos su cadáver no podemos asegurarlo.

—Su cadáver puede estar en el fondo del océano con un ancla encadenada a sus pies.

—Al fiscal le gusta encontrar el cadáver.

—¿Si no hay cadáver no hay proceso?

—Tendría que haber muchas pruebas y aun así...

—Trackman es una serpiente venenosa, pero Fallow es peor.

—En cierta ocasión oí comentarios acerca de Fallow. Se contrata como asesor, dicen que perteneció al grupo de gerifaltes de la Mafia.

—Fallow asesora a Trackman, y Trackman va a chupar la sangre de más de diez mil accionistas.

Alf Diamond condujo pensativo y pidió:

—Enciéndeme un cigarrillo.

Sandy abrió la guantera y vio cigarrillos. Sacó uno, se lo puso entre los labios y sacó el encendedor del propio coche. Lo encendió y tras darle una larga chupada para que se mantuviera encendido, se lo pasó al hombre que lo atrapó entre sus labios. Chupó también con fuerza y tras expulsar el humo, se lo quitó de la boca para poder hablar.

—Si la información es mala, bailaremos el último tango.

—¿Con Marlon Brando?

Alf sonrió.

—No va de broma. Los tipos como Trackman sólo tienen que marcar un número de teléfono y decir que alguien les molesta. Luego sufres un accidente o unos desconocidos te dan una paliza de muerte y ni la policía ni nadie relaciona a los atacantes con Trackman.

—¿Tienes miedo?

—No, no es miedo, pero es mejor prevenir que curar.

—¿Te han dado alguna paliza?

—Si dijera que no, sería un idiota. Sí, sí me las han dado, pero por suerte he podido rehacerme. Es malo cuando te cazan de improviso y no puedes defenderte, suelen apalearte para que abandones un caso. La verdad es que te cazan cuando eres joven e inexperto; después ya sabes replicar y si he recibido tres palizas en mi vida, puedo asegurar que algunos de los que han querido atacarme han recibido también lo suyo. Sin vanidad diría que, por ahora, gano por puntos.

—Pero tú no trabajas por amor al arte, ¿verdad?

—No, a mí me gusta la «pasta» como a todos.

—¿Por qué aceptaste el caso, si sabes que yo no voy a poder pagarte?

—Cuando una chica bonita acude a un investigador privado y le cuenta que está desesperada, que alguien muy allegado ha desaparecido y que no quiere acudir a la policía, el investigador privado siempre se ocupa del caso.

—Eso ocurre en las películas.

—Exactamente, sólo que yo pienso cobrar.

—Pues yo no tengo tarjeta de crédito ni una maceta que hipotecar.

—Si por lo menos tuvieras deudas —se burló Diamond—. Los que más deudas tienen son los que mejor viven. Tener deudas de miseria, es caer en la miseria; en cambio, si debes millones y nadie te mete en la cárcel, te ayudan a salir adelante. Lo difícil es que un Banco te preste dinero; si consigues arrancarles esa muela te has convertido en un tipo rico siempre que no te pongas nervioso a cada vencimiento que se aproxime; pero dejemos ese tema.

—Lo que has hecho es evitar tener que decirme que vas trabajar gratis.

—Ni lo sueñes, encanto. Yo cobro, tengo gente que trabaja para mí, les pago dietas, viajes, etcétera. Como comprenderás, no voy a ir haciendo de justiciero con lo difícil que es ganar dinero y lo fácil que te lo quiten.

—Entonces, ¿de dónde vas a cobrar?

—Trackman.

—¿Trackman? Imposible.

—¿Por qué imposible?

El rostro femenino se ensombreció y en voz baja dijo

—Comprendo.

—¿El qué?

—Chantaje.

—No hagas juicios tan rápidos.

—Pero es chantaje, ¿verdad?

—Si él quiere sobornarme para que mantenga la boa cerrada, es su problema.

—Tú sabes que su dinero será sucio.

—El dinero no es sucio ni limpio, es dinero simplemente.

—Eres un cínico.

—Y tú una preciosidad. En el próximo semáforo te palpo los muslos.

—Si lo haces, me apeo del coche.

—No tienes sentido del humor, pequeña.

—Creo que empiezo a darme cuenta de que me he equivocado de hombre.

—Vamos, vamos, si llegas a ir a otra agencia de detectives, que las hay a patadas, pues somos muchos los que ni queremos trabajar en una oficina y nos convertimos en detectives privados, lo primero que te hubieran pedido es dinero por adelantado, como los abogados, ya sabes, provisión de fondos y luego la factura de dietas, viajes y tanto por hora, más caras las nocturnas. Te habría resultado rentable comprarte una calculadora para saber lo que te iban a cobrar; en cambio, yo, ¿qué te he pedido?

Ella carraspeó ligeramente. Vio un semáforo, estaba en ámbar pero se puso verde. Suspiró y el coche siguió adelante.

—¿Quieres decir que Trackman te pagará, que luego no le harás caso y denunciarás los chanchullos con los que se está quedando el dinero de los accionistas?

—Puede, si estoy vivo. Claro está que también hay que contar conque los informes sean falsos y yo pierda mi tiempo, Trackman me envíe a hacer gárgaras y además todo me cueste unos miles de dólares.

—¿Crees que te he mentido?

—No, por eso he metido la cabeza en este asunto; no obstante, ahora vas a denunciar la desaparición de Hammon.

—¿A la policía?

—Sí.

—Te dije que no quería problemas con la policía.

—De todos modos, harás la denuncia. No temas, sólo es la denuncia de una desaparición y denuncias así las hay a montones. Lo primero que preguntarán es si estaba casado, ya sabes, si se fue a buscar tabaco y no volvió porque en el camino encontró a una hembra más joven, más atractiva, menos gorda, en suma, más apetitosa. En los Estados Unidos hay muchos hombres que a lo largo del año toman un bus y desaparecen para siempre. Si vivían en California terminan residiendo en Connecticut o en Dakota, vete a saber, y prefieren el bus porque nadie les pide su nombre como en los aeropuertos.

—¿Y si no quiero denunciar a Hammon?

—Hay que estar a buenas con la policía por si llegan las tortas, es mejor tenerla de nuestro lado cuando todo se pone feo. Tú haces la denuncia, luego te olvidas y en la estación de policía Hammon será un nombre más en la lista.

—¿Y si investigan?

—Mejor. Si Trackman está metido en el pastel tendrá miedo de que lo metan en el horno; claro que si se han cargado a Hammon lo habrán hecho muy bien para no dejar rastros. Esa gente que maneja millones suele contratar a profesionales. No es como esos asuntos en que el yerno se carga a la suegra antipática con un hacha y cuando llega la policía esconde el hacha que chorrea sangre tras sus pantalones.

Un semáforo en rojo obligó a Alf P. Diamond a detener su Mercedes. Sandy le miró de reojo y él le dijo:

—Si estás esperando a que te palpe los muslos, lo siento a mí me gusta la piel y no los pantalones. Si por lo menos llevaras falda.

—Eres un tipo inaguantable. Y si crees que eres lo suficientemente gracioso como para ponerme las manos encima te vas a olvidar de mí para siempre.

- ¿Y dejar el caso de los hermanos del frío?
- Pienso que he sido una idiota preocupándome de todo este asunto. Si Hammon ha desaparecido, ¿qué diablos me importa?
- Mira, ahí está la estación de policía.
- Pues decididamente no denuncio la desaparición de Hammon.
- Oye, ¿es que tienes algún asunto pendiente con la Ley
- ¿Y a ti qué te importa?
- Diablos, tú tampoco tienes la lengua dormida. Bien, si tú no lo denuncias, lo haré yo en tu nombre y, no temas, es una situación normal. Escribiremos una hojita y tú la firmarás.
- ¿Y si no quiero?
- Oye, guapa, me lo estás poniendo muy difícil. Sólo le voy a decir a la policía que Hammon te debía quinientos pavos, que tú aseguras que ha desaparecido y que debe de ocurrirle algo. Sí, ya sé que se van a echar a reír en mi cara, pero la denuncia de la desaparición ya estará hecha. Cuando la cosa se ponga fea, yo tendré las manos limpias. ¿Lo entiendes o no lo entiendes?
- Eres el tipo con más cara con que me he tropezado en mi vida.
- Pues has vivido poco, querida, los hay todavía con más cara dura que yo. Por cierto, ¿te debía Hammon algún dinero?

CAPÍTULO IV

Alf P. Diamond se sentía tranquilo con respecto a la inviolabilidad de su apartamento, un apartamento amplio, espacioso y terriblemente urbano.

Su despacho estaba en el propio apartamento, lo que ahorrraba gastos y complicaciones. Había sido tabicado según sus propias indicaciones y había situado un vestíbulo y despacho frente a la entrada. Detrás ya estaba el saloncito una habitación amplia, un cuarto de baño y una pequeña cocina, también tenía un pequeño aseo junto al despacho.

El edificio carecía de terrazas y las ventanas eran de gruesos cristales que no podían abrirse salvo que uno utilizara goma-2 o bazookas.

La aireación estaba asegurada por el circuito de aire acondicionado que lo proporcionaba libre de polvo en suspensión, humos venenosos y una humedad fija del cuarenta y cinco por ciento, suficiente para que no se le secaran las fosas nasales.

Para acceder al apartamento sólo había una puerta y ésta era del mejor blindaje y la más segura cerradura que podía encontrarse en el

mercado mundial.

Sin embargo, Diamond se había hecho retocar la cerradura por un cerrajero especializado en alta seguridad. Al ver la puerta por su parte exterior, nadie podía decir que fuera tan reforzada. Diamond no tenía miedo de que le robaran los pocos dólares que poseía en su apartamento, joyas tampoco podían robárselas porque no le atraían; si acaso, algunas pinturas españolas y francesas, pero sí temía que en su ausencia le robaran los archivos en los que acumulaba datos, datos que eran muy importantes para su labor de investigador privado.

Tampoco quería que al regresar en alguna ocasión a su apartamento, cansado y buscando un baño y la cama, se encontrara con unos matones dispuestos a sorprenderle y darle una paliza como así había ocurrido en una ocasión. No, no le gustaban esa clase de sorpresas.

Diamond metió su coche en el parking, estacionándose ante el número mil veinte. Quitó las llaves del contacto, se apeó y cerró la portezuela.

—¡Diamond!

Se volvió. Las interpelaciones en los parkings solitarios, especialmente de noche, solían desembocar en situaciones desagradables.

—¿Quién eres?

—El mensajero.

—¿De qué padrino? —preguntó a aquel individuo bien trajeado, con cara de pocos escrúpulos y dientes muy prominentes.

Diamond observó que aquel tipo no exhibía armas en sus manos ni acercaba éstas a sus bolsillos o a la sobaquera con la posibilidad de empuñar un arma.

—¿Quién quiere hablar conmigo?

—Alguien importante.

—¿El presidente?

—Estamos en un país con muchos presidentes —objetó el desconocido.

—¿Dónde está?

—Ven conmigo y te llevaré.

—No hacía falta que vinieras, con llamarme por teléfono habría bastado.

—El teléfono siempre es peligroso, puede estar intervenido y grabar las conversaciones.

—Coge tu coche y yo te sigo con el mío.

—No, tú vienes con el mío.

—Despacio; esto no es el ejército y yo no acepto órdenes.

—¿Es que no quieres hablar con el presidente?

—¿De la Casa Blanca?

—No te hagas el tonto.

—No tengo prisa por hablar con nadie.

—Está bien, coge tu coche y sígueme. Si te pierdes, peor para ti.

Diamond siguió con su Mercedes a un Ford que reconoció de inmediato; era un sedán azul metalizado.

Circularon cerca de veinte minutos hasta que el tipo de los dientes prominentes se estacionó suavemente en un parking al aire libre. Diamond hizo lo propio y se apeó del vehículo.

—Sígueme.

Diamond ya conocía aquel restaurante, era un local donde se garantizaba el silencio y la discreción.

Las salitas comedor eran íntimas y reservadas, se abrían a derecha e izquierda de un amplio corredor cruzado por otro. Había plantas, cuadros y camareros con silenciosos carritos de gruesas ruedas de goma.

Avanzando por el corredor, pese a que los reservados carecían de puertas, no se podía ver a los comensales debido a mamparas y biombo estratégicamente colocados.

Horsy le condujo hasta uno de ellos.

Al entrar, Diamond descubrió una pulcra mesa apta para seis personas, pero en la que sólo se sentaban tres, dos hombres y una mujer, una mujer muy hermosa que había cumplido ya los treinta años.

Vestía de color dorado rojizo y estaba muy segura de su influjo sobre los varones.

De los dos hombres, uno llevaba gafas de cristales montados al aire, era relativamente joven y parecía recién salido de un salón de alta peluquería masculina. Vestía impecable y en sus dedos lucía varios anillos valiosos. Era Trackman.

—Siéntese, Diamond

—¿Invitado a la cena? —preguntó, sarcástico.

—No tema, la factura va por mi cuenta, éste es un lugar caro. Cenar aquí podría costarle cien dólares siempre que no se extralimitara en la selección de bebidas.

—No he venido aquí a «gorrear».

—No, claro que no. Siéntese, charlaremos.

—Usted es Trackman, ¿verdad?

—Más o menos. ¿Lleva algún magnetófono encima?

—No.

—Mejor, porque al salir le van a registrar.

—¿Se protege?

—Supongo que querrá hablar claro, ¿no?

—Así es.

—Pues es mejor que lo que hablemos no quede registrado en

cinta.

—De acuerdo.

Se acomodó frente al propio Trackman. En realidad, tenía a los tres frente a él.

La mujer no le quitaba los ojos de encima. Diamond no sabía quién era, pero se dijo que podía ser la esposa de Trackman. Trackman era un tipo que si tenía algo hermoso quería mostrarlo y aquella mujer era apta para ser lucida.

La miró a los ojos y con una fugaz mirada semejó preguntar si ella sería capaz de traicionar a Trackman en la cama.

—Puede pedir lo que quiera —invitó Trackman.

—No sea tan generoso, podría pedir más de lo que usted estuviera dispuesto a darme.

—Por su aspecto, no parece usted un hombre muy exigente, Diamond.

—A veces, las apariencias engañan. En fin, como ya he cenado, me conformaré con champaña y brandy francés.

—¿Champaña y brandy? —preguntó Trackman.

—Sí, no quiero comer ni que usted pueda decir que me ha alimentado.

—Es usted suspicaz, Diamond —alzó la mano y ordenó a Horsy—: Dile al camarero que traiga champaña francés y brandy también francés.

—Un Dom Perignon me vale —puntualizó Diamond.

Horsy asintió con la cabeza. Alf Diamond miró al tercer hombre, un individuo de ojos pequeños y cabellos rubios, casi albinos, cortados al cepillo. Era un tipo tan frío que no traslucía sus sentimientos. Diamond pensó que era un sujeto ideal para convertirse en ejecutor.

—Tú eres Fallow, ¿verdad?

Los iris azules de aquel sujeto se clavaron con más intensidad en Diamond.

—¿Me conoces?

—En determinados ambientes se te conoce.

—¿Y qué ambientes frecuentas tú?

—Pues, en razón de mi profesión de investigador privado, tengo que acercarme a asesinos, mafiosos y hampones de todas clases, claro que de cuando en cuando me encuentro con seres maravillosos. ¿Cómo te llamas? —preguntó de pronto, encarándose con la mujer que no había hablado hasta aquel momento.

—Marga. ¿Satisfecho?

—No.

—¿Qué más desea? —le preguntó el propio Trackman.

—Lo que yo deseo no puedo pedirlo ahora.

Los tres le miraron, entre interrogantes e irónicos. En aquel

momento entró el camarero con las bebidas que había pedido, la botella de champaña dentro del recipiente de plata repleto de hielo, copas y también la botella de brandy. El propio camarero escancié champaña dentro de la copa de Diamond. Este levantó la copa y dijo:

—Brindo por mi buena estrella.

Bebió un poco, tomó después la botella de brandy y ante el estupor del camarero, vertió parte del brandy dentro del champaña el cual aumentó de color rápidamente.

El camarero se alejó y quedaron los cuatro solos; Horsy vigilaba afuera.

—Bien, Diamond, usted quería hablar conmigo, ¿no es así?

—Para eso fui a verle a sus oficinas.

—Este lugar es más discreto, ¿no le parece?

Diamond bebió un poco de la mezcla de brandy y champaña.

—Sí.

—¿Qué es lo que quería decirme?

—Digamos que un grupo de accionistas de la The Brethren of Cold Company se han oído que los están arruinando.

—¿Quiénes forman ese grupo?

—Secreto profesional.

—Lo que acaba de contarme me parece una tontería, una estupidez que no merece la pena el habernos encontrado.

—Trackman, se habla de que se van a ventilar los millones de la compañía. En el momento preciso se declarará la quiebra y los accionistas habrán quedado arruinados.

—Las compañías siempre tienen el riesgo de ir a la quiebra. Los mercados son cambiantes, el material envejece, etcétera, etcétera. A la compañía que yo presido y en la que tengo muchas acciones puede ocurrirle lo mismo.

—Trackman, hay muchas formas de quedarse el dinero de una compañía. Supongo que Fallow le habrá asesorado adecuadamente.

—¿Insinúa que estamos haciendo algún chanchullo?

—Esa palabra me parece débil, Trackman. Digamos que invierten grandes sumas de dinero en compras que valen mucho menos. Ustedes crean otras pequeñas compañías que son las proveedoras y lo que cuesta diez, lo venden a mil a la propia compañía de los hermanos del frío. La ganancia está clara, es de novecientos noventa. No son la única compañía en el mundo que hace esta clase de negocios. De esta forma, ustedes, los que presiden el consejo de administración, se quedan con el dinero de los accionistas. Es una fuga de capital de la compañía encubierta por negocios legalmente limpios pero que son sucios.

—Cada año pasamos la memoria económica a los accionistas —puntualizó Trackman.

—Esos anuarios de explicación se pueden de presentar de forma engañosa aunque en apariencia sean exactos y un fiscal no encuentre delito en ellos; pero, además, se huele que preparan cosas más gordas.

—¿Como qué?

—La compra de grandes buques frigoríficos, barcos que valen millones, pero que a la compañía le van a costar esos millones multiplicados por cuatro o cinco.

—Eso se puede descubrir con una simple revisión técnica —replicó Trackman.

—No, si los buques se hunden en las fosas oceánicas.

—La compañía aseguradora cubriría los costes del naufragio —replicó Trackman.

—Si, pagaría por lo que se contrató, pero la diferencia de precios ya la habrían cobrado. Sólo se trataría de ponerse de acuerdo con las constructoras navieras. A determinados astilleros y más en tiempo de crisis, les puede interesar construir un barco aunque sea endeble, aunque los motores resulten pequeños, de escasa potencia y ninguna calidad. Bastaría con que funcionaran durante algún tiempo.

—Ninguna naviera construiría barcos de ínfima calidad inflando el precio del coste real.

—Una constructora reconocida, no, pero una constructora que se creara única y exclusivamente para esa clase de negocios sucios, sí. ¿No actúan así esos amigos suyos, Fallow?

—Usted tiene la mente calenturienta —gruñó Fallow.

—Vaya, ha dejado de tutearme... Eso quiere decir que le resulto molesto o que ahora me respeta más.

—Todo lo que ha contado me parece estúpido y a la vez peligroso.

—Peligroso para los accionistas, claro —rezongó Alf Diamond.

—Diamond, se mete usted en un terreno resbaladizo —silabeó Fallow—. Con falsas acusaciones que le pueden llevar a la cárcel podría usted provocar el pánico entre los accionistas y eso hundiría la compañía, la llevaría a la quiebra y usted sería el culpable. Una estampida de los accionistas sería fatal.

Trackman, sombrío, amenazó:

—Si por falsas acusaciones crea una situación de pánico entre los accionistas, le llevaremos ante el juez.

—Perfecto.

Y volvió a beber de su copa.

—Mister Trackman, creo que Diamond ha venido a chantajearnos.

Trackman comió del pescado que tenía en su plato, no parecía en absoluto nervioso, debía estar acostumbrado a las comidas de negocios. Tras engullir el alimento, preguntó:

—¿Cuánto pide?

—¿Por qué?

—Por olvidarse de mí y de la compañía.

—¿No ha dicho que no tiene nada que ocultar?

—Claro que no, pero si he de pagar unos dólares para evitar una estampida de los accionistas, lo haré. De poco me serviría luego que el juez lo llevara a usted a la cárcel si ya se habían malvendido las acciones. Los acreedores se echarían encima, los bancos cerrarían sus créditos y su confianza y el fantasma de la quiebra planearía sobre nosotros hasta aplastarnos.

—¿Y lo que me pagara a mí lo pondría en la nota de gastos varios de la compañía?

—¿Por qué no?

—¿Y cómo justifica esos gastos varios en el anuario?

—Muy fácil —respondió Trackman con frío cinismo—. Gastos varios pueden ser bebidas refrescantes para los empleados y hay muchos otros conceptos también.

Fallow, más tajante, apremió:

—Venga, suelte el precio y no perdamos más tiempo.

—Bueno, puestas así las cosas, por este trabajo pido un millón de dólares.

—Hum, es usted codicioso.

—¿Y usted no?

—Le pagaré cien mil y asunto cerrado. Dirá a los accionistas que todo está bien, porque en realidad todo está correcto.

—Si todo está bien y yo no he de mentir a los accionistas, que los cien grandes salgan de su cuenta corriente, Trackman, ya me entiende, que no salgan de gastos varios de la compañía.

—Comprendo; si luego hubiera una acusación, perdería usted su credibilidad como investigador privado. No hablemos más.

—¿Cuándo pagará?

—Cuando usted reúna a los accionistas en alguna parte y yo, aunque sea de forma oculta, pueda presenciar que les dice que todo está bien y que los rumores de que vamos a arrebatarles su dinero y a llevar a la quiebra a la compañía son falsos.

—De acuerdo, ya le avisaré. Prepare los billetes y no vaya a creer que con Alf Diamond se juega.

Se bebió el resto de su copa y se levantó de la silla. Clavó su mirada en Marga y dijo:

—No sé quién eres, pero espero que nos volvamos a ver.

Horsy apareció ante él y Alf le dijo:

—No llevo ningún magnetófono encima. Además, aunque lo llevara, nada de lo que hemos dicho serviría en un proceso. ¿No es cierto, Trackman?

—Puede marcharse, Diamond.

Cuando el investigador privado hubo desaparecido, Fallow le dijo a Trackman:

—Ese tipo es peligroso.

—A mí me parece bastante sobornable.

—Lo más sensato sería eliminarlo.

—Eliminarlo sólo acarrearía complicaciones —dijo marga, interviniendo sin que nadie hubiera pedido su opinión.

—Los tipos como Diamond suelen utilizar el farol. Dicen mucho pero luego no tienen nada, nadie les apoya. Carecen de pruebas y, sin embargo, amenazan para chantajear. Muerto no se pierde nada y deja de ser una molestia.

—De todos modos, Fallow, vas a investigar. Haz que tus hombres averigüen todo lo que sepa Diamond. No quiero que quede nada en el aire, nos jugamos mucho.

—La forma de averiguar lo que él sabe es interrogándole

—¿Al propio Diamond?

—Sí.

—Para eso tendríais que capturarle.

—Nos encargaremos de ello y averiguaremos también de dónde han salido las filtraciones para que Diamond haya metido sus narices en esto.

—Encárgate de todo este asunto, pero no quiero ningún traspíe.

—Todo se hará a la perfección, Trackman. En último caso se le puede convertir en hamburguesa de pescado.

Trackman sonrió y preguntó burlón:

—Y los que se comieran esas hamburguesas, ¿no notaríais la diferencia de sabor?

—Si se le mezcla pasta de pescado un poco pasada y con el suficiente sabor fuerte, creo que no lo notarían.

Trackman se echó a reír. Miró a Marga y preguntó:

—¿Brindamos?

—¿Por qué? —quiso saber ella.

—Por las hamburguesas de pescado...

—¿Habláis en broma?

—¿En broma? —repitió Fallow, conteniendo la risa—. Es la forma perfecta para hacer desaparecer un cadáver. Sería vendido en los snacks y en los congeladores de los supermercados para que las amas de casa las cocinaran con manteca en sus hogares.

—Por la forma en que habláis, da la impresión de que eso de convertir un cadáver en hamburguesa de pescado ya lo habéis hecho en alguna ocasión.

Trackman y Fallow se miraron por encima de sus respectivas copas de champaña y se echaron a reír una vez más.

CAPÍTULO V

O'Clan aterrizó a bordo de un reactor de la Pan Am en el aeropuerto de Génova. Tras pasar el control de policía, se metió en un taxi.

—Al Club Bitácora —exigió al taxista el elástico O'Clan.

Al Club Bitácora acudía gente inmersa en el mundo de los barcos y la importación y exportación. Era un club muy exclusivista dentro del cual se apalabraban negocios con cierta facilidad o se corrían rumores del mundo de los barcos, no sólo de Italia sino de todo el mundo. Armadores, capitanes de barco, financieros de los negocios de la mar y todo un largo etcétera se reunían allí.

Un portero sin entorchados pero exhibiendo los distintivos del club en la solapa, con una altura de dos metros y más de noventa kilos de peso, le recibió con cara estirada, pues tenía buen ojo y reconocía de inmediato a los socios.

—¿Qué desea, signore?

O'Clan hablaba un mal italiano, pero se hizo entender.

—Busco a Salvatore Provenzale, me espera.

—¿De parte de quién, signore?

—El americano O'Clan.

—Un momento, por favor.

El portero se movía en un vestíbulo de unos veinte metros cuadrados, cerrado por puertas de cristal, unas que daban al amplio parque y otras al gran hall del club, de tal modo que al cruzar las primeras puertas y antes de llegar a las segundas, se topaba uno forzosamente con la mole del portero.

Este se acercó a un teléfono, llamó por él y poco después de colgar se acercó al recién llegado para decirle, ahora con media sonrisa:

—Aguarde un momento, signore. Hay normas estrictas en este club, usted comprenderá.

—Perfectamente.

Salvatore Provenzale acudió a recibirle y como miembro de número del club, hizo pasar a su amigo, pues sólo se podía atravesar las puertas de cristal siendo socio de número o yendo acompañado personalmente de uno de ellos, lo que convertía a éste en responsable del «intruso».

Salvatore Provenzale le llevó hasta una terraza desde la que se dominaba gran parte del puerto.

—¿Qué buscas aquí, O'Clan?

—Si te digo que visitar a un amigo, no te lo vas a creer.

—Vamos al grano —le apremió, sonriendo astutamente.

—Información.

—¿Sobre?

—Construcciones Navales Operativas, Sociedad Anónima.

—¿Y...?

—¿Has oído hablar de esa compañía?

—Sé que tiene astilleros aquí y en otros lugares, incluso fuera de Italia.

—¿Qué puedes decirme de ella?

—Que no hace mucho no existía, y no me extrañaría que dentro de algún tiempo haya desaparecido, perdiéndose en el olvido.

—¿Una compañía nacida única y exclusivamente para llevar a cabo unos encargos concretos de construcciones navales?

—Posiblemente, sólo el tiempo lo dirá.

—¿Y quién está detrás de esa sociedad anónima?

—Dos financieras.

—¿Y detrás de las financieras?

—Creo que algunos bancos de capital anónimo.

—¿Italiano?

—Algo, aunque sólo sea para la transformación de moneda internacional y la compra e importación de los materiales necesarios.

—¿Quieres decir que hay capital yanqui detrás?

—No pondría la mano en el fuego, pero...

—Comprendo. ¿No ves la forma de sacar una cabeza visible?

—No, no vas a encontrar al o a los paganos principales de este asunto. Sólo buscando mucho encontrarás a Papirole.

—¿Papirole es el hombre de paja en todo este negocio?

—Sí, es un tipo con cierto prestigio, un commendatore, ya sabes. Lo colocan al frente de unos astilleros, y cuando éstos desaparezcan, lo pondrán en el consejo de administración de algún banco.

—Entiendo. Un hombre con contactos de altura en la política italiana y en el mundo de los negocios de toda Europa, un hombre que no sabe lo que fabrica ni lo que construye, pero que está en la poltrona de presidente. Para saber qué se está fabricando, siempre hay personal técnico cualificado.

—Eso es.

—De todos modos, si está como hombre de paja, algo sabrá.

—¿Te refieres a Papirole?

—Sí, claro.

—Supongo que sí, para eso cobra y dice sí, *boana*, a los que le mueven desde las sombras.

—¿Crees que sus *boanas* son la mafia italoamericana?

—Seguro, por eso no te aconsejo que metas las narices en este bollo; está demasiado caliente y te vas a quemar los dedos.

—¿Piensas que ese pastel es muy gordo? —preguntó O'Clan a su amigo italiano, el cual era periodista especializado en temas navales.

—En la construcción de buques, el pastel siempre es grande. Cada barco vale millones y hablo en dólares; por lo visto, esa compañía está construyendo varios.

—¿Cómo podría arreglármelas para hablar con Papiole

—A mí no me metas en este lío. Si haces demasiadas preguntas y se fijan en ti sabrán que has estado aquí hablando conmigo y no quiero que me pongan en la lista negra.

—No temas, a ti no te pasará nada.

—Te recomendaré a una mujer que conoce a mucha gente; le dirás que vas de parte de Luciano.

—¿Luciano es tu apodo de guerra?

—No, es un nombre que agrupa a unos cuantos.

—¿Un club secreto?

—Más o menos. Luciano no es nadie, pero detrás de Luciano hay tipos que pesan. A mí ni me menciones y no se te ocurra llevar en los bolsillos una tarjeta con mi nombre ni una agenda donde figure mi número de teléfono.

—¿Crees que van a capturarme?

—Nunca se sabe lo que les puede ocurrir a los tipos que se pasan de listos.

—De acuerdo, tomaré precauciones.

—Carla te pondrá en contacto con Papiole, pero ella cobra. ¿Podrás pagarla?

—Espero que sí.

Cuando O'Clan se despidió del periodista Provenziale, buscó un teléfono adecuado y se comunicó con Alf Diamond para contarle sus primeras impresiones.

—¿Cuánto te hace falta?

—No lo sé.

—Si la pájara esa te pide más de mil dólares, dile que buscarás a Papiole por tu cuenta. Ah, averigua lo que puedas sobre ese club secreto llamado Luciano; suena a clan mafioso.

—De acuerdo, Alf, seguiré buscando.

—¿Qué tal tiempo hace por Génova?

—Bueno, pero dentro de un rato me voy a Roma, Carla está allí.

—Supongo que será una alcahueta de postín.

—Eso creo yo también y a poco que pueda, «mojo».

—Pues que te aproveche —le deseó Diamond, y colgó.

CAPÍTULO VI

Sandy tenía un apartamento de alquiler que consistía en una sala amplia y un cuarto de aseo. No había allí otras estancias, aunque en la sala, dentro de unos armarios, tenía una pequeña cocina eléctrica con un respiradero que daba a la terraza, una terraza con el espacio justo para albergar una mesa redonda y tres sillas.

Desde ella se podía contemplar el mar en el horizonte, aunque había varios rascacielos que obstruían en parte la vista panorámica.

Aquella terraza tenía intimidad siempre que desde alguno de los rascacielos no hubiera algún curioso con un catalejo, seguramente comprado para buscar a Aldrin y a Armstrong por la Luna y que terminaba sirviendo para satisfacer sus frustraciones sexuales, amparado por el más estricto anonimato.

A Diamond le llamaron particularmente la atención las paredes llenas de fotografías, dibujos y pinturas, en un número muy elevado de las cuales aparecía Sandy.

Se fijó en el caballete instalado en el centro del salón, frente al sofá amplio y mullido que servía de cama cuando llegaba la noche.

En la tela aparecía la propia Sandy, saliendo de entre las espumeantes olas como una nueva Venus.

Sandy le recibió cubierta con una bata. Tenía los cabellos muy largos y negros. Sus ojos grandísimos irradiaban vida, calor.

—¿Quién te pinta?

—Ese óleo lo hago yo misma.

—¿Un autorretrato?

—Sí. Dejo abierta la puerta del baño y me veo en el espejo grande.

Abrió la puerta y Diamond comprobó que desde su situación se podía ver bien en el espejo. Si tenía aptitudes, se podía pintar bien a sí misma.

—Pues debes verte muy bien, porque estás saliendo casi tan hermosa como al natural.

—No digas tonterías, todo esto sólo son prácticas. Me gusta pintar, aunque soy consciente de que a lo único que llegaré es a hacer algunas exposiciones sin importancia, nada más.

—¿Por qué no has de llegar a ser famosa e importante? A mí me parece que lo haces francamente bien.

—¿Cuántos pintores crees que hay famosos ahora, cien, doscientos?

—No sé, creo que no llegaría a reunir tantos nombres, tampoco soy un habitual de las exposiciones, las pinacotecas, ni los museos.

—Los que pintamos, los que consumimos telas y tubos de pintura, somos millones en todo el mundo y dentro de unos pocos años habrá millones diferentes a nosotros.

—Pues tú tienes condiciones, es evidente.

—A mí me complace y me tranquiliza pintar, pero seguramente terminaré haciendo pinturas a peso.

—¿A peso?

—Sí, bodegones y paisajes para vender en las casas de muebles, ya sabes, esos cuadros que se venden por doscientos dólares o se regalan cuando compras un sofá de precio. Son lienzos que incluso se firman con nombres supuestos.

—Aunque así sea, esos cuadros sirven para animar muchos hogares, para darles color y confort. No todo el mundo puede ser genio como tu madre.

—¿Mi madre? —repitió Sandy, perpleja.

—Sí, ella te hizo a ti y eso es ser una genio.

—Me abrumas, ¿es ésa tu táctica de seducción? —preguntó ella, sonriéndole.

—Supongo que son muchos los que se han enamorado de ti.

Pasó su mirada de los bocetos a los dibujos y de éstos, a los pequeños óleos y a las fotografías a color y posters de revistas en las que Sandy se veía siempre muy seductora e insinuante, pero nunca totalmente desnuda ni en actitudes que pudieran calificarse como pornográficas.

—¿En realidad eres modelo o pintora?

—Como pintora sólo soy estudiante. Pago mis fríjoles y mis impuestos con lo que gano como modelo, pero tengo la suerte de ponerme en manos de profesionales con sentido artístico.

—¿No piensas que es fácil pasar de modelo fotográfica de tipo artístico a modelo porno?

—Evitaré dar ese paso. Conozco a compañeras que lo han dado y a la larga ganan menos.

—Ya.

—Bueno, ¿has venido a darme un sermón?

—No, ni mucho menos, tampoco suelo aprovecharme de mis clientes.

—Es que yo no soy tu cliente, porque no te voy a pagar.

—Ni yo a ti.

—Bien, ¿a qué has venido? ¿A buscar a la informadora o a tratar de acostarte conmigo? —preguntó Sandy abiertamente mientras ponía la cafetera automática en marcha.

El hombre se dejó caer en el sofá y confesó:

—He venido a que me cuentes algunas cosas, palabra que no he venido a ver si podía acostarme contigo, aunque tú, por lo que estoy viendo, no mereces la dedicación de una noche sino que clave la puerta con clavos y también la ventana para que no se pueda salir de aquí en años.

—El café está hecho — anunció Sandy, en el fondo halagada por

las palabras del investigador.

La joven no le ofreció bebidas alcohólicas ni Diamond las pidió. El aroma del café invadió el apartamento y como se hacía de noche, salieron a la terraza.

Soplaba una ligera brisa procedente del mar, que dejaba un gusto salobre en las fosas nasales.

—¿Por qué no me cuentas todo lo que sabes?

—Todo esto no debía importarme y si no hubiese hablado en exceso, Hammon no hubiera desaparecido.

—Me dijiste que Hammon era un marchante de poca altura.

—Así era. Pedía cuadros a los estudiantes que seleccionaba porque veía que pintaban más o menos bien y deprisa. Pintar deprisa en este tipo de encargos es primordial, de lo contrario la hora de trabajo te sale a un precio más bajo de lo que pagan a los «camisas sudadas» por recoger cebollas —suspiró—. Si dejo de posar como modelo fotográfica porque ya no intereso a las revistas, pues siempre van buscando caras nuevas, me dedicaré a pintar cuadros baratos a precio fijo por tela.

—¿Y por qué confiaste en él?

La muchacha se encogió de hombros.

—Hammon trataba de comportarse conmigo como un padre, fuimos a un café, charlamos, y como no tengo familia sentí la irrefrenable necesidad de contarle lo que sabía. Él se calló, pero dos días más tarde me dijo que tenía un negocio en ciernes en el que podíamos ir a medias. Cuando me explicó de qué se trataba, le respondí automáticamente que no. Soy incapaz de ser chantajista aunque vea que la persona a extorsionar obra de mala fe y va a perjudicar a terceros. Se lo expuse así y entonces, Hammon me pidió que me callara, que él trataría de ayudar a los perjudicados. Hammon siempre fue un pobre hombre, los compañeros de clase le llamaban mercachifle.

—Sí, pero luego, los que le llamaban así, le vendían sus cuadros con nombres supuestos.

—Es cierto. No se le podía criticar porque, a su manera, ayudaba a sobrevivir a quienes pasaban hambre, y no son pocos los grandes pintores actuales que han empezado realizando cuadros para decorar salitas standard; lo que sucede es que jamás se sabrá porque ellos firman con nombres supuestos y cada vez son diferentes para que no se les pueda seguir la pista como ocurriría si utilizaran un solo pseudónimo. De esta forma, ellos se olvidan hasta de sus propios pseudónimos y de las obras que les han dado de comer y les han ayudado a practicar para luego llegar a ser lo que son.

—Sobre ese tema podríamos hablar largo y tendido, pero ahora lo que nos interesa es encontrar a Hammon y saber más de los Hermanos

de la Compañía del Frío.

—Cuando Hammon colgó el teléfono, comprendí que le había hablado demasiado. Él comenzó a pensar que había ganado la gran carrera de caballos, que era su oportunidad de enriquecerse. Yo ya no podía detenerle y por otra parte, tampoco podía ir a la policía porque no tenía pruebas acusatorias, sólo había oído una conversación.

—Una conversación que te abrió los ojos. Comprendiste que unos pocos podían amasar millones engañando a unos muchos que habían invertido sus ahorros comprando acciones de una compañía que suponían honorable.

—Lo malo es que no se pude demostrar que no sea honorable.

—Esa será mi labor.

—No creo que lo consigas jamás. Esa gente lleva muy bien sus libros e informes. Además, no se les puede acusar de nada, ni siquiera de la desaparición de Hammon. En cambio, ellos sí podrían acusarme a mí de intento de chantaje y con la cantidad de abogados que deben tener...

—Los chantajistas suelen tener un mal final, pero su muerte o mejor, digamos su desaparición, puede ser el detonante para que el pastel de pescado de los Hermanos del Frío salte por los aires. Ahora, ya que eres mi fiel informadora, vas a darme todos, absolutamente todos los detalles de la conversación que sorprendiste...

CAPÍTULO VII

Alf Diamond estuvo buscando datos sobre la compañía de los Hermanos del Frío y se encontró con un bloqueo de difícil filtración.

Por otra parte, Trackman había dicho que le pagaría cien mil dólares y Diamond pensó que mientras él decidía sobre esa cuestión, él trataría de ganar tiempo.

Le hubiera gustado encontrarse con una delegación de accionistas de la compañía a la que poder contar sus sospechas, porque publicar algo en la prensa o dar la noticia por televisión sobre un posible fraude a los accionistas de la compañía Brethren of Cold Company habría resultado demasiado peligroso sin tener en las manos más pruebas que lo que Sandy había oído en una reunión festiva. Cualquier defensor podría descalificarla de inmediato y acusarla de *call-girl* y Diamond, en consecuencia, sería acusado de calumnia.

Y si caía en la trampa de aceptar unos billetes previamente marcados, sería acusado de chantaje, lo que le pondría en peor situación.

Cualquier detective privado debía tener unas nociones prácticas de derecho penal, pues de lo contrario se exponía a dar con sus huesos en la cárcel. Por ello, Diamond estaba dispuesto a avanzar con pies de plomo, máxime cuando sabía que Trackman estaba asesorado por un grupo de los mejores abogados del estado y por si fuera poco, aconsejado por Fallow, el hombre de la mafia en todo aquel asunto.

Tuvo la impresión de que la investigación había entrado en un marasmo del que iba a ser muy difícil salir.

Sabía que le vigilaban; mas, por lo visto, todavía no estaban dispuestos a saltar sobre él. Había tomado rígidas precauciones para que no relacionaran a Sandy con él, pues Sandy sería mucho más vulnerable.

Comenzó también a sentirse molesto por la falta de noticias de O'Clan, pues sólo le había puesto dos conferencias para ponerle al corriente de sus investigaciones en Italia, una desde Génova y otra desde Roma tras conocer a Carla.

Sonó uno de los dos teléfonos que tenía sobre la mesa; era el de color rojo, un aparato cuyo número no aparecía en la guía telefónica y cuya clave sólo proporcionaba a determinadas personas.

El otro teléfono, el de color verde, era por el que podían acudir a él los clientes o cualquier otra persona que consultara el listín para localizarle.

Le pareció que el timbrazo resultaba más largo y estridente lo que era absurdo, pues el timbre siempre sonaba con la misma intensidad. Quizá lo había oído más fuerte y alarmante porque estaba ansioso de recibir noticias.

—¿Diamond?

—Sandy...

—Diamond, tengo noticias.

—Te escucho.

—La Brethren Cold Company va a celebrar una convención de accionistas.

—Eso es muy interesante; me vas a dar fechas y lugar. Esa convención pondrá muy nervioso a Trackman y a su consejero Fallow. Un rumor sería el detonante para que su negocio se viniera abajo.

—Parece ser que esta convención la llevan de forma muy controlada y nada de noticias a la prensa. Incluso sé que a nivel del consejo de administración de la compañía se había hablado de retrasarla buscando fechas más apropiadas, pero al parecer los reglamentos de la compañía, aprobados por los accionistas, obligan a celebrar estas convenciones dentro de unas fechas determinadas, con un margen de tres semanas como máximo.

—¿Sabes dónde se va a celebrar?

—En Denver, Colorado.

—¿Y para qué celebrarlo en la Ciudad de la Milla? **1**

—No sé, quizás sea para que estén todos lejos de la costa.

—Sí, eso parece. A los accionistas les gustará si van con gastos pagados; será como una excursión turística para ellos y, de paso, Trackman aleja a los accionistas de la costa por si se desliza algún rumor inoportuno. Imagino que hará correr el champaña, habrá mujeres e incluso cocaína porque alguien se encargará de repartirla.

—¿Crees que podrás hacer algo en esta convención?

—Sin pruebas, no, no soy hombre que se dedique a lanzar rumores.

—A mí me han pedido que acuda.

—¿En calidad de qué?

Sandy titubeó unos instantes antes de decir:

—Como animadora.

—Tú no perteneces a la plantilla de la compañía, ¿verdad?

—No, pero Dennis F. Lawson es el director ejecutivo de relaciones públicas.

—Empiezo a comprender. Ese tal Lawson fue quien te llevó a la fiesta en que tú pudiste oír lo que luego le contaste a Hammon; por eso el tal Hammon se volvió chantajista.

—Así es —asintió la muchacha ahora con decisión, como dispuesta a afrontar la situación.

—Sandy, ¿te molestarás si te hago una pregunta dura?

—Dispara.

—¿De veras no eres una *call-girl* de lujo?

—No, no soy ninguna furcia de lujo, ni tomo drogas ni las reparto. En alguna ocasión he fumado «hierba», lo admito, pero no me atrae en absoluto, paso de cualquier droga. ¿Satisfecho?

—Entonces, ¿vas a esas fiestas simplemente como animadora?

—Sí, como florero sexual, más o menos. Se me presenta como pintora y modelo fotográfica. Por lo visto, alegro los ojos de los hombres en las fiestas; me pagan por mariposear y no puedo decir que no me hagan proposiciones de cama y bien pagadas, pero palabra que no he aceptado ninguna. Sandy no se vende.

—¿Lo sabe ese tal Dennis F. Lawson?

—Sí lo sabe. Lawson es un zorro y sabe mezclar a mujeres que se venden con otras que no se venden como yo. Si algún hombre se siente frustrado conmigo va a la carga con otra y consigue las siembras que desea.

—De acuerdo, Sandy, cada cual se gana los frijoles como puede.

—Si hubiera decidido ser una *call-girl*, me importaría un rábano lo que tú y otros como tú pensarais. Alf, soy una mujer libre y no tengo por qué dar cuentas a nadie de lo que haga mientras no constituya un delito.

—Tienes toda la razón, Sandy, pero no seas susceptible conmigo y más ahora que te voy a pedir un favor.

—¿Un favor?

—Sí.

—¿Cuál?

—Si tú vas a estar en esa convención, por lo menos invitada en el hotel y pagada por el director ejecutivo de relaciones públicas, busca la forma de que yo pueda estar en ese mismo hotel sin que se entere nadie.

—¿Me quieres convertir en un agente detective de tu oficina de investigador privado?

—Ya que eres mi informadora, ¿por qué no?

—Si te descubren, será muy peligroso.

—Es posible, pero la convención de accionistas de los Hermanos del Frío será un lugar idóneo para meter el miedo en el estómago de Trackman y cuando un hombre tiene miedo comete las mayores torpezas que acaban delatándolo. Estamos metidos en el cogollo de este sucio asunto, Sandy, ahora hay que seguir adelante o de lo contrario, tu conciencia te reprochará siempre la desaparición de Hammon.

—De acuerdo, ya te avisaré de lo que sepa. De momento, Dennis Lawson me ha llamado para contratarme para la convención; por supuesto, de forma privada, no consta en parte alguna. Tengo que hacer de mariposa muy visible y provocativa para que los accionistas se animen, pero seré anónima, sólo Sandy, una chica difícil. Si los asistentes a la convención quieren desinflar sus balones tendrán que contentarse con otras más asequibles a sus pretensiones. La verdad es que cuando los hombres lleváis las pelotas a toda presión os ponéis insoportables.

Diamond se echó a reír y la conversación telefónica concluyó cuando Hortensie, una eficiente secretaria ya cuarentona y algo entrada en carnes, con una devoción hacia su jefe a toda prueba, entró en el despacho y le miró a través de sus lentillas de contacto blandas.

—Ha llegado esta carta urgente.

Alf tomó el sobre, ceñudo, y miró el remite. Era de New York, lo que no quería decir nada, y el nombre...

—John Smith Smith, o sea, anónimo completo.

—¿Serán amenazas? —preguntó Hortensie.

—Ahora lo veremos.

Abrió el sobre. Dentro sólo había un retal de periódico, era del *Corriere de la Sera* y en él se podía leer una noticia.

—¿Grave? —preguntó Hortensie.

Ciudadano americano aplastado por un camión

en la Vía Ostiense de Roma. Su cuerpo quedó casi totalmente irreconocible, pero llevaba consigo la documentación. Al parecer, el camión se dio a la fuga. Un accidente desgraciado perpetrado por un conductor sin escrúpulos que está siendo buscado activamente por la policía. Las iniciales de la víctima son P. M. O.

—¿Qué puede significar? —inquirió la secretaria.

—Muy claro, Peter Martinson O'Clan. Malditos asesinos...

CAPÍTULO VIII

Si alguien veía a Carla a cierta distancia, podía tomarla por una mujer bellísima de unos treinta años, quizá unos pocos menos, pero si se acercaba uno a ella, se daba cuenta de que tenía más, muchos más.

Junto a Carla uno se percataba de su sabiduría de la vida, una sabiduría de la que carecían la mayor parte de las mujeres jóvenes y sofisticadas tras cuya máscara de suficiencia sólo había una amalgama de estupidez, vanidad y codicia.

Carla se desenvolvía con elegante soltura y movía a sus «pupilas» y a los clientes de éstas con la suavidad del jugador de ajedrez astuto que sabe muy bien cuál es la posición de sus peones y figuras en el tablero.

Mover una pieza con brusquedad podía significar alertar al enemigo de cuáles eran sus intenciones y Carla siempre sonreía amablemente. Sólo torcía el gesto cuando se miraba al espejo y descubría alguna arruga que buscaba la forma de disimular.

—Tu *ragazza* es fría, no me pone bien —se quejó uno de sus adinerados clientes.

Carla, sonriente, le abrió la chaqueta y le puso los dedos sobre el pecho con la presión justa para que el hombre notara sus yemas. Siguió acariciándole mientras le decía:

—Hay que tener un poco de paciencia. La *ragazza* que tú dices es muy nueva, de muy buena familia. Le falta experiencia, pero yo haré que la tenga.

El caso era que el cliente terminaba satisfecho en la cama con aquella mujer casi cincuentona que arrancaba de él toda frustración sexual.

—Esto sólo lo hago por un amigo. La próxima vez, la *ragazza* que te envíe será un mejillón puesto al vapor y cuando sus valvas te

atrapen, te quemarás en él, ya lo verás Carla te lo promete.

—Eres la mujer más inteligente que he conocido nunca —le dijo el hombre, ya relajado, sacando su talonario

Ella, inteligentemente, se lo arrebató de las manos y volvió a hundírselo en el bolsillo.

—Carla no cobra por un favor a un amigo. No lo olvides bambino, yo no soy una furcia. Sencillamente lo he pasado bien contigo.

En su mansión de la Vía Frattina tenía guardaespaldas, pero éstos no se veían nunca a menos que hiciera falta su presencia y su actuación. Permanecían siempre discretamente ocultos, unos guardaespaldas que en otros lupanares hubieran sido llamados «chulos de burdel».

Diamond arribó ante la mansión de Carla a bordo de un Alfa Romeo coupé blanco, vestido con una camisa chillona, gafas de sol aunque era de noche y batiendo las mandíbulas sobre una pella de chicle mentolado.

Sonreía ampliamente dando el aire del típico y tópico turista yanqui, un aire de niño mimado, caprichoso y atiborrado de dólares.

Encaró el coche frente a la verja y comenzó a lanzar destellos de luz al tiempo que tocaba el claxon de forma escandalosa y llevaba alto el volumen de su cassette con música country-folk.

El portero le observó con cierto recelo. Cerca ladraron unos perros, pero el aspecto del recién llegado le hizo salir para preguntar en una mezcla de italiano-inglés que sonaba a lengua mal parida o mal digerida:

—Mister, mister, que aquí no se puede estar...

—¿Cómo que no? —preguntó, forzando el acento—. Aquí está Carla y yo vengo de parte de Luciano.

La contraseña surtió efecto y las puertas se abrieron. Pudo estacionar su coche bajo una marquesina donde había otros automóviles, lo que indicaba que había más clientes en la mansión de Carla, aunque los servicios de ésta no se concentraban allí exclusivamente, sino que enviaba a sus pupilas adonde hiciera falta.

Dejó con supuesto descuido la cassette en marcha dentro del coche y entró en la casa. No vio a los guardaespaldas, pero Diamond los olfateaba.

Una chica vestida de doncella salió a recibirle con muchas sonrisas.

Nada en su indumentaria era descocado, nada hacía pensar a primera instancia que aquella casa fuera un lupanar de lujo, un lugar donde un servicio sexual costaba tanto como podía pagar un hombre medio en varios años de visitas a chicas de la profesión más antigua de la humanidad.

—¿Dónde está Carla? Vengo de Detroit y mañana me marchó.

Quiero cosa buena, cosa rica.

Antes de que la doncella, una muchacha de abultados senos, pudiera evitarlo, Diamond le cogió los pechos con sus dedos, oprimiéndolos de forma pícaro y maliciosa.

La chica se echó a reír y se apartó de él no sin antes recibir una palmada que la alcanzó sonoramente en las nalgas, haciéndola saltar hacia adelante.

La doncella desapareció mientras Diamond se quedaba silbando y mirando toda la riqueza artística que le rodeaba, pinturas, esculturas, tapices, bellos cortinajes. Había mármoles y bellísimas lámparas de cristal de roca. No era fácil encontrar una mansión de aquellas características en los Estados Unidos.

—Por favor, sígame —le pidió la doncella a distancia, reapareciendo.

Diamond fue introducido en una salita preciosista aunque algo recargada. Allí, sentada en una butaca, estaba Carla.

Vestía un elegante traje negro de raso y un collar de gruesas perlas destacaba sobre su escote. Informada ya de la llegada y la idiosincrasia del yanqui, sonreía.

—¿Cómo se llama, mister?

—¿Mi nombre? Oh, sí, mi nombre... Soy John Smith Smith.

—Qué nombre tan singular. No pretenderá que me lo crea ¿verdad?

—Mi esposa, allá en Detroit, tampoco se lo cree.

Estalló en una carcajada que a Carla debió parecerle cretina, pero que el hombre simuló para evitar dar explicaciones

—Supongo que le habrán hablado muy bien de mí y de mis *ragazzas*.

—¿De veras tiene las mejores *ragazzas* de este estado?

A Carla le hizo gracia que comparara Italia con un estado americano. Sonrió y se acercó a un cajón del que sacó un montón de fotografías a color, todas bellísimas, cada foto era una obra de arte que mostraba a una hermosa mujer, todas insinuantes pero ninguna totalmente desnuda. Eran bellezas que podían ser sacadas de cualquier tiempo, desde los griegos hasta el futuro.

Diamond silbó admirativamente.

—¡Qué lindas! Con tres creo que pasaré.

—¿Tres?

—Sí, es que esta noche no estoy muy en forma, la noche pasada me corrí una orgía de miedo, la tipa era una viuda hambrienta. La verdad es que fue un compromiso de negocios, pero tenía que cumplir por lo menos tres veces durante la noche.

—Vaya, debe ser usted un fenómeno. Debido a sus cualidades puedo prepararle algo especial, escoja a dos chicas

—¿Sólo dos? He dicho tres —puntualizó Diamond, siempre en su papel de americano rico.

—Habrá champaña francés y otras cosas, lo pasará muy bien y sólo le costará mil quinientos.

—¿Dólares?

—Sí, es mejor cobrar en dólares, es para que las chicas puedan viajar. Y si le apetece llevarse a alguna de viaje, yo lo arreglaré.

—A mí me gusta ésta y ésta —dijo, separando dos fotos.

—Muy bien, son preciosas. Carla le asegura que no olvidará jamás esta noche.

—Y tú tampoco como no hagas lo que te voy a pedir.

El tono, el gesto, la actitud del hombre cambiaron bruscamente y Carla lo observó de inmediato.

Olvidó las fotografías de las chicas que ella gobernaba en su lupanar de lujo y quiso dar un paso hacia atrás, pero la mano de Diamond la cogió por el cuello.

Carla tuvo la impresión de que una gigantesca tenaza acababa de atraparla por la garganta y no podía escapar, ni siquiera gritar, se ahogaba.

El pulgar y los otros dedos de la diestra de Alf semejaban tener una fuerza extraordinaria. Además, eran dedos largos que casi atrapaban todo el cuello desnudo y largo de la mujer.

—Vas a preparar una cita con Papirole, una cita secreta. Puedes decirle que se trata de la hija de alguien importante, que el primer bocado de la niña será para él. Seguro que el cerdo caerá en la trampa con tal de joderse a la hija o a la nieta de algún amigo.

Carla ya estaba roja. Trataba de decir algo, pero apenas podía emitir unos gorgoteos. Con sus manos aferraba la mano que oprimía su garganta, pero no conseguía liberarse de ella.

Intentó darle puntapiés, pero Diamond, siempre sosteniéndola por la garganta, la sentó en la butaca junto al teléfono. Antes de soltarla le advirtió:

—Con mi puño, de un solo golpe, puedo partir una puerta. Si gritas o preparas alguna trampa, de un solo golpe te hundiré todos los huesos de la cara. No sé si por ese golpe te llevarán a la Morgue, pero de lo que si puedes estar segura es de que ya nadie te va a reconocer. Mandíbula, pómulos, los ojos quedarán bailando uno por cada lado... Una pena. Y la nariz, en fin, la nariz... Recuérdalo, un golpe bastará.

Abrió la tenaza y soltó la garganta de la mujer, que comenzó a toser convulsivamente. En su cuello aparecían las marcas de la presión de los dedos.

Descubrió una botella de whisky que supuso auténtico quitándole el tapón le ofreció el gollete a la bellísima alcahueta.

—Bebe.

Carla negó, pero Diamond, sin contemplaciones, la cogió por los cabellos. Le torció la cabeza y le metió el gollete e la boca haciéndole beber un trago largo. Después, la soltó dejándola que tosiera de nuevo.

La italiana comprendió que con aquel hombre contundente y enérgico no se podía jugar. Su mirada era decidida también había sido muy astuta su actuación al filtrarse en la casa haciéndose pasar por un yanqui rico amigo de los miembros del secretísimo club Luciano.

—Vas a preparar la cita con Papirole. Si no acude, a ti te van a encontrar en la desembocadura del Tíber.

—¿Quién eres tú? —preguntó Carla, carraspeando aún

—He venido de América por este asunto y antes de marcharme no me importaría reducir esta casa a cenizas.

—¿Te envía la organización de América?

Diamond evadió una respuesta concreta.

—Papirole ha caído en desgracia —dijo—. Si quieres que te arrastre en su caída puedes hacerlo estropeando el encargo que traigo.

Las palabras de Diamond dejaban entrever que trabajaba para la mafia internacional y que él era un ejecutor.

—¿Qué ha hecho?

—A mí no me dan explicaciones. Cumpló los encargos y asunto concluido, claro que Papirole tiene una posibilidad de salvar su vida.

—¿Cuál?

—Eso es asunto de él y no tuyo.

Diamond le descolgó el teléfono significativamente. Tenían que poner el cebo a Papirole para que él solo se metiera en la trampa.

CAPÍTULO IX

Papirole poseía un chalet a algo más de un par de decenas de kilómetros de la ciudad. Nadie de su familia conocía la existencia de aquel chalet a nombre de la propia Carla, que era quien cuidaba de que tuviera al día todos los servicios y de que el personal adecuado se ocupara de la limpieza y mantenimiento.

No era aquél el único nido de amor que cuidaba Carla y que en realidad pertenecían a hombres de notoria vida pública. Mediante contratos privados, los clientes se aseguraban de que Carla no terminaría apoderándose de esos nidos de amor, nidos que ella misma se encargaba de comprar y también de amueblar y decorar.

Papirole introdujo su coche en el garaje.

Cerca vio un Alfa Romeo blanco y supuso que pertenecería a la chica que ya debía aguardarle dentro del chalet.

Acudía a aquel lugar con absoluta tranquilidad. Jamás le había ocurrido nada y confiaba en la discreción de Carla que, por otra parte, cuando llevaba a una pupila a aquel lugar, lo hacía dando rodeos para despistarla.

Cerró la puerta automática del garaje y desde éste pasó directamente al interior del pequeño pero comodísimo chalet.

Había poca luz.

En la decoración predominaban cálidos tonos rojos mientras un hilo musical alegraba la estancia. Allí dentro había un televisor de veintiséis pulgadas que funcionaba con el volumen bajo y en pantalla, a todo color, estaban pasando un corto porno que le proporcionaba un video.

Papirole sonrió beatíficamente al ver la escena porno de pantalla.

Después descubrió a Carla, que se cubría con un abrigo oscuro de lamé veraniego. Por la expresión del rostro femenino Comprendió que la situación no era buena y que la diversión se esfumaba.

Siguió la dirección de la mirada de la mujer y se encontró con la figura de un desconocido que le llevaba un palmo medio de estatura y tenía muchos menos lustros sobre sus costillas que él, por lo que la cosa parecía ponerse fea.

—¿Qué significa esto? —gruñó

Carla se le acercó para besarle en ambas mejillas. Cuando Papirole quiso rechazarla como si fuera el mismísimo Judas, ella ya se había apartado.

—Chiao —dijo, lacónica.

—¡Eh, espera! —exigió Papirole.

Diamond cerró la puerta, cortándole el paso al italiano.

—Tranquílcese, todavía es posible que mañana vea salir el sol.

—¿Quién es usted? Yo no voy armado.

—Pues hace mal. Los tipos que viven tan ricamente como usted deben ir armados para que los que no tienen nada no les puedan quitar un poco de lo que a ellos les sobra.

—¿Qué significa esto? ¿Es un atentado político?

—No, claro que no. No pertenezco a ningún grupo terrorista, aunque supongo que usted vive a costa del terror, del hambre de muchos.

—Usted es americano.

—¿Se me nota?

—¿Quién le ha enviado? —preguntó Papirole, que comenzaba a sudar—. Le advierto que si me hace algún daño lo va pagar muy caro. Tengo amigos, amigos influyentes, lo mismo entre los carabinieri que en la...

—¿Mafia?

—Será mejor que se explique.

—¿Cuánto dinero tiene en cuentas cifradas en Suiza, commendatore Papiole?

—¿Busca dinero?

—No.

Papiole tragó saliva. Si el desconocido no buscaba dinero la situación se complicaba.

—¿Qué es lo que quiere?

—Información.

—Yo, yo no sé qué puedo contarle...

—Un hombre llegó de América para hablar con usted.

—No recuerdo, recibo a mucha gente. Ahora mismo acabo de llegar de una cena con gente del Mercado Común. Soy un hombre con múltiples contactos.

—Supongo que les habrá dicho que tenía prisa por tomar un avión.

—Todo ha sido una trampa de Carla, ¿verdad?

—Carla ha hecho lo que le he pedido, así ha salvado el cuello.

Papiole miraba en derredor como buscando por dónde escapar, pero aquel chalet donde había disfrutado de muchas gozadas sexuales era ahora una trampa que no parecía tener escapatoria.

Diamond, con firmeza y apabullando a Papiole, lo empujó hasta una butaca y lo sentó en ella.

El hombre no intentó rebelarse; sabía que si se enfrentaba a golpes con Diamond lo único que conseguiría sería recibir. Cada vez sudaba más; era como si hubieran llenado la chimenea de troncos y éstos ardieran con viveza, a la par que funcionaran todos los calefactores eléctricos, estratégicamente distribuidos por las paredes.

—Un hombre llegó de América como yo para hacerle preguntas sobre las construcciones navales de la que usted es presidente.

—Sí, claro, soy presidente.

—Ustedes construyen barcos factoría y barcos frigoríficos para la Brothers of Cold Company.

—Es cierto, y eso es un negocio totalmente legal. La construcción de grandes barcos se contrata a distintos países, según sean los precios de oferta. ¿Qué hay de malo?

—El hombre que llegó de América se llamaba O'Clan y un camión lo aplastó.

—No sabía nada.

—¿Ah, no? ¿Qué ojo prefiere que le deje tumefacto, el derecho?

Papiole, que hablaba bien el inglés, replicó:

—No se atreverá.

Diamond pegaba tan duro que el italiano se fue atrás, butaca incluida.

El propio Diamond volvió a poner la butaca bien, como si Papiole

apenas pesara.

El commendatore italiano no había tenido ni tiempo de gritar. La mitad de su visión se borró y el dolor fue tan intenso que abrió la boca formando una dramática «O».

—Bien, Papiole, ahora se le comenzará a hinchar el ojo que se le ha cerrado. Mañana, si es que llega a mañana, tendrá un ojo negro. Necesitará usar gafas oscuras para no tener que responder a demasiadas preguntas.

—Lo denunciaré por esto —gimió.

—¿Quién mató al hombre que llegó a América para hablar con usted?

—Yo, no.

—Lo imagino, usted no mata. Usted llama por teléfono y dice simplemente que un tipo le molesta. Los verdugos son otros, así a un tipo tan honorable como usted jamás se le puede llevar a la cárcel.

—Fueron los hermanos de América.

—A O'Clan lo mataron aquí.

—Sí, pero ellos están en contacto con la mafia italiana. Les basta con enviar un telegrama cifrado para que un ejecutor haga el trabajo que se les pide. Después, se le paga a través de cualquier sociedad anónima multinacional y nadie queda comprometido.

—Eso ya lo sé, pero usted fue el que exigió la muerte de O'Clan.

—No. Yo sólo telefoneé a América y les conté que había un hombre que hacía muchas preguntas sobre construcción de barcos, eso fue todo. Y yo creí que ya había regresado a su país.

—¿A quién llamó, a Fallow?

Con el ojo que aún no tenía tumefacto, Papiole le miró sorprendido.

—¿Le conoce?

—Algo. Es el consejero de la compañía de los Hermanos del Frío. Ya sabe, esa compañía pesquera internacional que además manufactura el pescado en alta mar y lo congela para su distribución. Últimamente, este negocio, en vez de ir bien, marcha mal; sin embargo, la compañía ha decidido invertir gran parte de su capital activo, es decir, de su dinero contante y sonante, en la compra de nuevos buques.

—Eso está bien —dijo Papiole aguantándose el dolor del ojo y temiendo que un siguiente puñetazo le cerrara el otro durante unos días y tuviera que ir a tientas.

—Sí, eso estaría bien si no hubiera fraude.

—No hay fraude, todo está bien contratado.

—Sí, buques que se pagan diez veces por encima de su precio.

—Nosotros los hacíamos más baratos que nadie.

—Eso es un cuento que sólo se creen Trackman, Fallow y usted.

—Todo está en orden —insistió.

—El espesor de las planchas es un tercio, lo que ahorra mucho material y peso en transporte. Se dice que se instalará una maquinaria sofisticada que luego no se pone, con el consiguiente ahorro, y la máquina de locomoción es cien veces inferior a la deseada. Se sobrevalora en diez veces el valor de los buques contratados, lo que significa un fraude para los accionistas.

—Todo eso es una tontería.

—No, si los buques son hundidos en alta mar. Siempre se pueden dejar unas minas navales supuestamente perdidas en alguna guerra o maniobra y asunto cerrado.

—Pero están los seguros que devolverían el dinero a accionistas.

—No, si el seguro se contrata por debajo de su valor para, supuestamente, ahorrar gastos. Todo está previsto de antemano. Quieren llevar a la quiebra a la compañía de Hermanos del Frío, pero antes hay que sacar de las arcas dinero de los accionistas y hacerlo de forma aparénteme legal.

—Todo eso es demasiado complicado.

—Sí, admito que es un poco complicado, pero así es como se roban los millones a pala. Entrar en una sucursal bancaria y llevarse unos cientos de miles de dólares es un juego de niños al lado de esto que se hacen desaparecer por arte magia. Con fraudulentos contratos internacionales se obtienen millones sin peligro de ir a la cárcel.

—Yo sólo soy el presidente de una constructora naval no sé nada de lo que me habla.

—Si lo sabe. Aquí en Italia, a usted no le van a llevar a la cárcel porque su compañía de construcciones navales legal y si le pagan mucho por unos barcos endebles que hundirán muy pronto, no es culpable, pero se le pudo desenmascarar en toda la prensa mundial. Usted utiliza su nombre, su prestigio, sus amistades, para convertirse en el hombre paja de negocios sucios.

—Soy invulnerable a lo que usted pueda hacerme, no conseguirá nada.

—Usted está puesto en esa naviera por Trackman y Fallow, que son los verdaderos propietarios a través de varias sociedades anónimas.

—Eso a mí no me importa. Mi compañía es legal a todos los efectos.

—Cualquier ingeniero naval podrá demostrar que los buques que usted construye no son aptos para navegar y mucho menos para cargar. Se partirán en dos y se llevarán al fondo de los océanos a los marineros que vayan a bordo.

—Ningún ingeniero podrá demostrarlo.

—¿Porque los buques se hundirán antes de llegar a América?

—Sí.

—De modo que usted ya conoce cuál será el inmediato final de esos buques.

Papiole se puso rojo y miró en derredor.

—No me obligará a decir nada más.

—Entonces, le pondré tumefacto el otro ojo.

—¡No! —protestó Papiole, cubriéndoselo con las dos manos.

—Papiole, es usted un cerdo que vive como un rajá sirviendo de tapadera a los negocios sucios de otros. Usted no es inocente si matan a un hombre que trata de descubrir la verdad.

—Pero usted, ¿a quién sirve?, ¿quién le paga?

—Por ahora, nadie, pero la muerte de mi amigo O'Clan no quedará impune. Estamos tratando de desenmascarar a Trackman y a su consejero Fallow que pretenden estafar a los accionistas de la compañía. Si lo consiguen, se embolsarán un montón de millones de dólares y luego montarán otra empresa en América o en cualquier otro país que de una u otra forma dependa de los americanos. Organizarán otra estafa mientras las víctimas creen que van a encontrar una inversión rentable para sus ahorros.

—Todo se puede arreglar.

—¿Cómo?

—Hablaré con Trackman y Fallow.

—¿Para qué?

—Ellos le pagarán lo que usted pida.

—Ya me han ofrecido cien mil dólares para que mantenga la boca callada y no remueva este asunto.

—¿Cien mil dólares? No está mal.

—Yo pedí un millón.

—Si no hace ninguna tontería, yo hablaré con Trackman. Un millón es posible que no pueda ser, pero quinientos mil quizás los consiga.

—Un hombre ha sido asesinado por investigar demasiado en este sucio negocio.

—Medio millón de dólares es un buen «pan» para un duelo y estoy seguro de que le harían olvidar esa muerte.

—¿De veras hará usted esa gestión con Trackman y Fallow para que paguen y yo no diga nada a los accionistas de la Brethren of Cold Company?

—Se lo juro, se lo juro, verá cómo le pagan. Además, en Italia siempre tendrá un amigo y Carla le ofrecerá todos los servicios de sus chicas gratis, yo me encargaré de ello.

Alf Diamond permaneció unos instantes pensativo. Luego dijo:

—La oferta parece aceptable, pero...

—¿Qué?

—¿Conocía usted los planes de Fallow y Trackman?

—Yo no sabía que matarían a ese O'Clan, le juro que no lo sabía.

—Pero si sabe que la compañía constructora naval en realidad pertenece a Trackman y a Fallow aunque muevan dinero a través de sociedades anónimas internacionales para que no se sepa que los propietarios de dicha constructora son las mismas personas que han encargado la construcción de los buques.

—Sí, son los mismos, pero eso es bastante frecuente en el mundo de los negocios. Hay grandes compañías que incluso se hacen la competencia, pero detrás de ambas está el mismo hombre o grupo de hombres que invierten su dinero.

—Sí, es la forma de estafar a accionistas y consumidores, pero el caso que ahora nos interesa es el de la Brethren of Cold Company.

—Pues ése es el negocio. Usted no es tonto y sabe que a veces el negocio no está en vender o producir, sino en quedarse el dinero de los accionistas. Hay bastantes compañías que operan en esa línea. Al principio se ofrece a los inversores un veinte o un treinta por ciento de interés, pero cuando están atrapados ese interés se rebaja hasta que acaban perdiendo dinero y en algunos casos, su capital se disuelve.

—Sí, entre documentos fraudulentos y traspasos de unas compañías a otras. Se crean compañías anónimas que hacen el negocio de fuga de capitales y luego desaparecen. Tipos como usted, con nombre y prestigio, sirven para encabezar esos consejos de administración que sólo son una tapadera. Es muy difícil luchar contra este tipo de robos. A los rateros de pisos les colocan doce años de cárcel, pero a los tipos como ustedes encima se les conceden medallas y los periodistas que aceptan sus prebendas hablan muy bien de ustedes mientras los ahorros de pequeños accionistas desaparecen sin posibilidad alguna de recuperación.

—El mundo es así —replicó Papiole.

—Sí, el mundo está lleno de lobos, águilas y halcones. En fin, no son ustedes los únicos.

—Le prometo el medio millón, pero no haga nada más, vuélvase a América y me olvidaré del ojo amoratado que me ha puesto.

—De acuerdo, Papiole, ya se puede largar.

Papiole se alejó de la casa y entonces, Alf Diamond sacó una pequeña cámara de televisión autónoma que había grabado todo lo sucedido, una cámara que había permanecido oculta en un mueble rinconera sin que el commendatore italiano se percatara de ello.

CAPÍTULO X

Alf Diamond sólo llevaba consigo un portafolios con una muda.

Había devuelto el Alfa Romeo coupé a la agencia de alquiler de coches y en un taxi se dirigió al aeropuerto Fiumicino.

Había tomado sus precauciones como solía hacer cuando intuía que podía tener problemas.

Por donde pasaba trataba de hacer amistades, amistades que cuidaba, consciente de que en alguna ocasión podía echar mano de ellas, por lo que la noche anterior había entregado el estuche con la cassette de video a Helen, una azafata de Pan Am, la cual le exigió a cambio un precio que él pagó gustosamente.

La mujer tenía unos treinta años que agitó con habilidad y sabiduría. Dos horas más tarde, Diamond la dejó ronroneando y cansada en la cama, alegando que lo esperaba.

—Nos veremos en América.

—Claro que sí, encanto.

—¿Alf Diamond?

Miró a los dos individuos que acababan de interpellarle. Eran más bajitos que él, pero Diamond pensó que tenían cara de mala leche.

—Sí.

—¿Puede acompañarnos?

—¿Ocurre algo?

—Ahora se lo explicaremos. ¿Ese maletín es todo su equipaje? —preguntó uno de ellos.

—Sí, pero yo no sé quiénes son ustedes.

Le mostraron sus identificaciones.

—¿Policías?

—Sí.

—¿Estoy detenido?

—No —sonrió débilmente uno de ellos.

—Si me retrasan, perderé el avión —advirtió Diamond, no demasiado propicio a acompañarles.

—Dentro de unas horas habrá otro. Le aseguramos que su billete será igualmente válido; nos ocuparemos de ello.

Su olfato le advirtió que aquello despedía un tufo a trampa, pero la situación era mala, no podía escapar.

Cuando se alejó, a distancia descubrió a Helen que le veía alejarse entre los dos hombres que ella debía saber eran policías. Se preguntó si la azafata le habría traicionado.

Le encerraron en un despacho donde había otros dos agentes, éstos de uniforme.

—¿Puede abrir su portafolios?

—¿Por qué he de hacerlo?

—Está en una aduana internacional bajo la jurisdicción italiana. Si desea llamar a su embajada porque se considera en problemas,

puede hacerlo —le dijeron, señalando un teléfono azul que se hallaba sobre la mesa.

—Yo no tengo nada que ocultar, no soy traficante de drogas.

Abrió el portafolios y lo dejó a disposición de los policías italianos. Allí sólo había una camisa, ropa interior, un cepillo de dientes, pasta y unas maquinillas de afeitar de un solo uso. Los dedos hábiles de uno de los policías lo registraron y negó con la cabeza.

—No hay nada.

—¿Qué esperaban encontrar? —preguntó Diamond.

—Tendremos que registrarle.

Alf torció el gesto.

—Soy ciudadano americano.

—Lo sabemos, y de profesión investigador privado, pero aquí en Italia eso no significa nada —le puntualizaron

—¿Pueden decirme de qué sospechan?

—No se le detiene —le puntualizó el policía italiano en un perfecto inglés—. El cacheo es por si lleva armas; tenga en cuenta que va a tomar un avión.

—No soy ningún secuestrador de aviones.

El policía que parecía el jefe del grupo sonrió fríamente replicó:

—Ningún secuestrador de aviones admitiría serlo antes de tomar el avión.

Se dejó cachear. Diamond no llevaba encima nada que pudiera comprometerle.

—¿Satisfechos?

—Tendrá que acompañarnos a la comisaría.

—¿Cómo?, ¿se me llevan de aquí?

—Sólo son unos trámites.

—¿De qué y por qué?

—El comisario se lo explicará.

Comprendió que no podía enfrentarse a la policía italiana, máxime si deseaba abandonar el país.

—Está bien, si me aseguran que me reservan plaza en el próximo avión.

Los policías le aseguraron que no perdería su billete y en un coche policial le regresaron a Roma, llevándole a presencia del comisario, un sujeto todo él redondo. Redonda era su cabeza, sus manos, su cuerpo, sus ojos, y a Diamond le pareció falsamente amable.

—Si tiene algo contra mí, deseo llamar a mi embajada.

—Naturalmente, mister, aquí está el teléfono. No habrá problema, no se le ha detenido, sólo se trata de que nos facilite una identificación.

—Identificación, ¿de quién?

Le mostraron unas fotografías. Eran grandes y en ella aparecía

una mujer tendida en el suelo.

—¿La conoce?

Alf las estuvo observando mientras pensaba que si le habían encontrado quería decir que sabían que la había visto. Podía mantener una negativa, pero si sacaban un testigo en contra le podían detener por mentir. Sopesando los pros y los contras optó por decir:

—Sí, creo que se llamaba Carla.

—¿Llamaba? —preguntó el comisario.

—Por el aspecto que tiene en la fotografía, diría que está muerta.

—Así es, muerta. ¿Qué puede decirnos sobre su muerte?

—Nada, acabo de enterarme de ella.

—¿Cuándo la vio?

—Ayer.

—¿Dónde?

Diamond comprendió que había caído bajo un interrogatorio implacable, sospechoso de asesinato, por lo que optó por replicar en forma decidida.

—Si se me acusa de algo, quiero llamar a mi embajada, y si no se me acusa, no creo que deba responder a un interrogatorio de esa índole. Si desean que les explique lo que sé de esa mujer, se lo diré, nada más.

—Sabemos que esa mujer era una alcahueta de lujo y alguien que ha querido tapparle la boca la ha asesinado.

—¿Cómo?

—¿No lo sabe? —preguntó el comisario, suficiente.

—No, no lo sé.

—Sobredosis de droga.

—Vaya. ¿Y no habrá sido un accidente o un suicidio?

—Ya lo averiguaremos. De todos modos, me veo obligado a retenerle durante unas horas.

—¿En calidad de qué? —preguntó Diamond.

—Sólo de testigo. No puedo permitir que emprenda el vuelo de inmediato cuando existe la sospecha de que ha ocurrido un asesinato.

Le llevaron a una pequeña salita decentemente amueblada pero con una ventana alta y un carabiniere en la puerta que le impedía salir, por lo que podía considerarse retenido en una celda de lujo.

Se dispuso a tener paciencia y pasaron las horas.

Le dijo al carabiniere que le impedía salir que tenía sed y hambre, pero el vigilante no sabía inglés y no le entendió Alf habló por señas y el agente sonrió, llamando a su compañero.

Alf entendió que se lo irían a decir al comisario y al poco le trajeron una bandeja con un plato combinado y una cerveza. No le habían preguntado cuáles eran sus gustos, pero calamares a la romana, una pizza y una cerveza le parecieron bien.

Después de una media hora de haber tomado la cena le llevaron a presencia del comisario que le entregó el billete de avión diciéndole:

—Dentro de dos horas sale su avión, todo está arreglado. Le agradecemos su colaboración y le pedimos disculpas.

—¿Asesinato?

—Eso lo decidirá el juez. *Buon viaggio*, mister Diamond

El comisario, con una amabilidad que Alf juzgó excesiva le acompañó hasta la puerta. Varias personas que estaban a la entrada de la comisaría les vieron.

Un taxi se detuvo frente a la comisaría; Alf subió a él y pidió:

—Al aeropuerto de Fiumicino.

De pronto, comenzó a sentir mareos y sensación de náuseas. El taxista comenzó a vigilarlo por el retrovisor interior

—Me encuentro mal —dijo en voz alta.

El chófer, como si no comprendiera su lengua, siguió su camino hasta que ya fuera de la ciudad, se salió de la calzada adentrándose por un sendero solitario hasta detener el vehículo.

Un brazo se introdujo por la puerta que se abrió violentamente y fue sacado del coche, cayendo al duro suelo. Ya no cabía ninguna duda, le habían tendido una encerrona

—Cerdos —masculló, cuando recibió una patada en el abdomen que le hizo encogerse sobre sí dolorosamente.

Allí no había luces, pero la claridad de la luna bastaba. El taxista y tres individuos más iban a propinarle una paliza, posiblemente de muerte. Un coche oscuro se hallaba estacionado allí cerca.

Todo estaba preparado, incluido el haberle drogado en la cena para que no pudiera defenderse. Todo bailaba ante sus ojos y la fuerza escapaba de sus extremidades.

Otro de aquellos tipos le lanzó una patada a la cara, pero logró cogerle el pie antes de que le aplicara el salvaje castigo. Le retorció el pie y el tipo se fue al suelo con un aullido de dolor, pues le había descoyuntado el tobillo.

Diamond tuvo una fortísima reacción, sus nervios recibieron una descarga de adrenalina, todo él se transformó.

Recibió una nueva patada antes de rodar sobre sí mismo para luego ponerse en pie. Sus ojos no veían todo lo que tenían que ver, pero en aquel instante se convirtió en un peligrosísimo karateka que lanzaba su *kiai*...

Los golpes se sucedieron.

Alf Diamond dejó libre su instinto de supervivencia y la reacción de su cuerpo entrenado venció a la droga que le habían mezclado en la cena para tenerlo más a su merced y matarlo de una paliza.

¡Crackkkkk!

El golpe en el rostro de uno de los atacantes fue terrorífico.

Aquel hombre cayó al suelo de espaldas sin protegerse con los brazos, inconsciente y con los pómulos hundidos.

Diamond recibió varios, golpes contundentes, pero como un lobo en lucha, no se enteraba de las dentelladas de sus enemigos los perros, entrenados para matar a quienes sus amos señalaban.

¡Plap!

Una patada alcanzó en los riñones a otro de los individuos que cayó de bruces rugiendo de dolor, posiblemente con un riñón reventado.

—¡Bastardos! —masculló Diamond golpeando de forma automática, no en vano estaba perfectamente entrenado para ello.

Cuando hizo rodar al taxista por el suelo con la rodilla maltrecha, Diamond saltó al interior del taxi. Dio a la llave de contacto y con la portezuela abierta, arrancó, alejándose.

Tras él se escucharon quejas, gruñidos, imprecaciones. Alguien sacó una pistola e hizo dos disparos sobre el coche fugitivo que consiguió regresar al asfalto y lanzarse por él a toda velocidad.

Tosió y notó sangre en su boca. Escupió la sangre en asiento libre mientras manejaba el coche que tenía cambio de marchas manual.

La droga hacia ahora más efecto. Veía los faros que llegaban en dirección contraria como multiplicados, cegándole. Los neumáticos chirriaban y el motor roncaba mientras sentía vahídos y temía perder la conciencia de un instante a otro lo que podía significar su muerte.

Sorteó varios coches.

Raspó un costado del taxi contra un guardarraíl hasta sacar chispas cuando, de pronto, ante sus ojos apareció la palabra Aeropuerto.

Se salió de la calzada, cruzó entre unos setos, volvió salir a otra calzada y se introdujo en unos parterres. Una vez allí, detuvo el coche y saltó al suelo. El enorme vestíbulo del aeropuerto quedaba cerca.

Echó a correr buscando la luz de las farolas cuando apareció un coche oscuro haciendo chirriar sus neumáticos. Efectuó un giro brusco, lo iluminó con los faros y trató de arrollarlo.

Alf saltó a tiempo y el coche pasó de largo, pero giró sobre sí mismo mientras el joven corría desesperadamente tratando de llegar al gran vestíbulo y filtrarse dentro de él.

El coche trató de arrollarle de nuevo y Alf saltó una valla tiempo.

El coche se fue a estrellar contra un furgón que llegaba en aquellos momentos por un carril unidireccional, ya que automóvil de los asesinos circulaba en contradirección.

La colisión contra el furgón fue aparatosa primero y luego espectacular porque el turismo se incendió mientras el hombre del furgón saltaba de su vehículo para ponerse a salvo.

Alf penetró en el vestíbulo del aeropuerto, llegó hasta el bar y

pidió:

—Diez cafés cortos y fuertes de los que hacen ustedes los italianos.

—¿Diez? —se asombró el servidor de la barra.

—Sí, diez y rápido, que voy a perder el avión.

Le pusieron las diez tazas, una al lado de la otra, y Alf comenzó a bebérselas sin tomar azúcar alguno. Sin decir nada. Un tanto encogido porque el cuerpo le dolía por las patadas y puñetazos recibidos, dejó unos billetes sobre el mostrador y se alejó.

Buscó una azafata de tierra que le atendió gentilmente preguntándole:

—¿Se encuentra mal, signore?

—¡Lo que quiero es coger mi avión!

Le mostró el billete; la chica asintió con la cabeza y pocos minutos después se acomodaba en la clase turista de un Boeing.

Cuando notó que el aparato despegaba poniendo proa al cielo, se hundió en el asiento.

Ni los diez cafés pudieron con la poderosa droga que lo sumía en el mundo de los sueños, pero había logrado escapar, lo que por desgracia no consiguiera su amigo O'Clan.

CAPÍTULO XI

—¿Quiere otro café? —preguntó la azafata, con la mejor de sus sonrisas.

—¿Cuántos me he tomado?

—No sé, a bordo del aparato, dos docenas, más o menos.

—Es mucho, ¿no? —preguntó Diamond, sonriendo—. Tenía un ataque de sueño feroz.

Diamond trató de moverse y dio un respingo, le dolía todo el cuerpo.

—¿Cuánto falta para tomar tierra?

—Unos cinco minutos; ya hemos atravesado el Atlántico.

Diamond, más recuperado, era consciente de que otros asesinos podían esperarlo en el aeropuerto. Desde Roma podían haber telefoneado a la ciudad americana advirtiéndole que Diamond había escapado y ya sabía demasiado.

Descendió del aparato junto con los otros pasajeros, y cuando llegó al control de aduana mostró que no llevaba maletas. Se extrañaron, pero enseñó su identificación como investigador privado, alegando que había salido de servicio no le molestaron.

Al pasar al gran vestíbulo, subiendo y bajando escaleras automáticas, había mucha gente, seres humanos que llegaban o se preparaban para partir.

Se filtró entre la muchedumbre y fue en busca de su coche que estaba en el estacionamiento.

Metió la llave en la cerradura y abrió la portezuela. De pronto, se detuvo. Si querían eliminarle, allí podía estar esperándole su ejecutor.

Observó con atención y optó por abrir la tapa del motor con mucho cuidado. No tardó en descubrir el paquete blancuzco.

«Goma dos», se dijo.

Los cables estaban conectados al encendido. Hubiera bastado que hundiese la llave en el contacto y le diera la vuelta para estallar.

Aspiró hondo, todo el cuerpo le dolía aún.

Volvió la cabeza bruscamente, como para ver si era observado a distancia y tuvo la impresión de que dos hombres le miraban.

Quitó los cables del paquete de goma dos. Sacó el explosivo y cerró de nuevo la tapa del motor. Se guardó el paquete y puso el vehículo en marcha, abandonando el aeropuerto.

Cuando se hallaba en carretera rodando hacia la ciudad y pese a que la circulación era densa, Diamond observó que un Ford le seguía.

—Vamos a correr un poquito —dijo, como si su Mercedes Benz pudiera entenderle.

Pisó a fondo el acelerador y comprobó que mantenían la persecución, no podía desembarazarse de sus seguidores.

De pronto, se salió del asfalto y se metió en un parterre estrecho. Al otro lado estaba la calzada de dirección contraria.

Su maniobra fue tan rápida y efectiva que quienes le seguían se vieron empujados a pasar de largo.

Alf permaneció quieto hasta que pudo meterse en el carril de circulación contraria, en la misma dirección que los otros vehículos, presuponiendo que si seguía por el carril que llevaba con anterioridad lo estarían esperando unas millas más lejos.

Consiguió escapar, pero con el paquete de goma dos dentro de su coche.

Buscó otra carretera dando un gran rodeo para regresar a la ciudad, ahora sin ser seguido. Había escapado al atentado que le habían preparado con el explosivo.

Fue a casa de Sandy dejando el paquete en el Mercedes. Subió y llamó a la puerta. Sandy, al verle, lo miró con fijeza y comentó:

—Da la impresión de que has comido piedras.

—Será que me duele el estómago.

Entró en la sala donde había tantas fotografías, dibujos pinturas de la propia Sandy y se dejó caer en el sofá

—¿Te han traído un paquete?

—¿Este? —inquirió Sandy, mostrándoselo.

—Sí.

—Una azafata muy guapa.

—¿Ah, sí?

—No me digas que no te has dado cuenta; ella ha dado un respingo al verme a mí.

—¿Por qué?

—Habrás supuesto que soy tu amante.

—Es mucha imaginación por su parte, ¿no?

—Alf, ¿qué es este paquete?

—Una cinta grabada, había que traerla y yo estaba seguro de que me registrarían.

—¿Los hombres de Trackman?

—Han intentado asesinarme. ¿Tienes agua caliente en el baño?

—Sí, te lo voy a preparar.

—Gracias. ¿Sabes dar masajes?

—Sí, ¿por qué?

—No me encuentro bien, todo me duele.

—Báñate y te prepararé el sofá.

El hombre se bañó y tosió. Cuando apareció en el centro de la sala, Sandy había colocado una tela vertical en el caballete de profesional que tenía en su apartamento.

—¡Alf!

—¿Sí?

—¡Estás hecho una mierda! —exclamó, sincera.

Alf bajó la mirada hacia su propio cuerpo y sin atreverse a mirar a la chica, objetó:

—Bueno, no será tanto.

Ella se le acercó y puso sus dedos ligeros, largos y algo fríos sobre las enormes moraduras que Alf tenía en su abdomen y en diversas partes del cuerpo.

—Parecen mapas.

Esbozó muecas de dolor cada vez que ella le tocaba.

—Duele más cuando han pasado unas horas.

—¿Te has tirado del avión en pleno vuelo?

—No, me cayeron encima cuatro hijos de perra y en vez de calzados debían ir herrados.

—Podían haberte matado. Has de ir a un centro médico, a traumatología, puedes estar reventado por dentro.

—Algo habrán estropeado, pero prefiero que me sanen tus manos.

Se dejó caer suavemente en el sofá, cuan largo era, para no darse otro golpe.

Sandy sacó un spray de un cesto y lanzó parte de su contenido sobre los grandes hematomas que Alf presentaba en todo su cuerpo. Lo

llenó de una pequeña espuma oleosa que hizo quejarse al investigador.

—Esto no huele a rosas precisamente. Cuando me husmee el perro de mi secretaria me va a ladrar.

—¿Cómo es tu secretaria? —le preguntó Sandy mientras con las yemas de los dedos dispersaba la espuma, haciendo penetrar a través de la piel aquella especie de aceite que a la vez era sedante.

Alf suspiró, aliviado.

—Tienen magia tus dedos, Sandy.

Cuando hubo terminado el masaje en el que no faltaron unos apuntes eróticos, la chica se apartó del hombre que tendía su mano hacia ella, no para pedirle caridad sino para atraparle un muslo.

La mujer regresó junto al caballete y cambió la colocación de la tela, antes estaba vertical y la colocó apaisada.

—¿Qué haces? —preguntó él.

Con una voz forzosamente fría, una voz de la profesional que se dispone a trabajar, dispuesta a no permitir que le hagan demasiadas preguntas, respondió:

—Pensaba pintarte de pie, pero en vista de tus circunstancias, saldrás tumbado.

—¿Como la *Maja desnuda* de Goya?

—Más o menos.

—¿Por qué no esperas a que me reponga? Estoy hecho un mapa y creo que mi cara refleja cansancio.

—Sí, y mala leche, así saldrás más real. Prefiero pintarte tal como estás ahora y titularé el cuadro *El dolor de Apolo*.

—Sandy, me siento raro —confesó mientras ella, con un carboncillo, comenzaba el boceto antes de buscar la paleta de las pinturas.

—¿Ah, sí?, ¿por qué?

—Siempre suele ser el pintor quien pinta a la modelo y al final se la beneficia.

—En este caso será al revés.

—¿Y al final te me vas a beneficiar? —inquirió Alf, poniendo ojos de niño travieso.

—No te muevas tanto y cállate, o me va a salir un sátiro chivoso en vez de un Apolo dolorido tras el combate.

Alf sonrió, bostezó y dijo:

—Ya que no voy a ser seducido, me duermo.

Sandy siguió pintando mientras él cerraba los ojos.

CAPÍTULO XII

Trackman recibió a Papiole en su suntuoso despacho de las oficinas de los Hermanos del Frío en el Yellow Glass Building.

Fallow, materialmente hundido en un butacón de orejeras, tapizado en cuero de la mejor calidad, curtido en España, fumaba un cigarrillo mientras Trackman fumaba un cigarro habano que aunque había salido de una caja en la que ponía Costa Rica, era cubano.

Papiole llevaba unas grandes gafas de sol, muy oscuras, que le cubrían no sólo los ojos, sino incluso las cejas. Se le notaba nervioso y sus manos casi goteaban sudor por las puntas de los dedos.

—Hace calor —dijo sin preguntar, visiblemente nervioso.

Fallow replicó irónico;

—Dieciocho grados. Aquí dentro funciona el aire acondicionado.

—Será que vengo de la calle.

—Papiole, siéntate —ordenó Trackman.

Papiole asintió y optó por acomodarse en un sofá de dos plazas que hacía juego con el butacón que ocupaba Fallow.

—¿Han sabido algo de ese tipo que llegó a Roma? —preguntó.

—Escapó —respondió Fallow.

Trackman gruñó:

—Todos habéis cometido errores.

—Es muy astuto —objetó Fallow—; está entrenado para escapar a las trampas. Mis hombres me han contado que tomó precauciones antes de subir a su coche.

—¿Qué pasa con el coche? —quiso saber el italiano.

Papiole suspiró.

—Eso lo hubiera arreglado todo.

—¿Cómo fue que se metió en tu casa? —inquirió Trackman.

—No fue en mi casa. Una mujer, bueno, me tendieron una trampa en un chalet

—¿Dónde tiene los líos? —rezongó Fallow.

—Bueno, eso es normal. Soy un hombre muy conocido ciertos desahogos debo llevarlos a cabo en privado.

—¿Y allí le llevan mujeres o muchachos de cabellos dorados? —preguntó Fallow, incisivo e hiriente.

—Si aquí hay un maricón, lo serás tú.

La réplica contundente del italiano hizo soltar una carcajada a Fallow que no se molestó. Trackman exigió:

—Basta, hablemos de lo que interesa.

—¿Quién mató a Carla? —preguntó Papiole.

Fallow respondió:

—Alguien que vive en Italia.

—Yo vivo en Italia y no la he matado.

—Papiole, me basta con telefonar a cualquier país de mundo para que un ejecutor cumpla con su trabajo. Después cobra y asunto

terminado.

—¿Quién es el ejecutor?

—¿Qué importa? Él no sabrá nunca por qué eliminó a la mujer que le tendió a usted la trampa.

—Si se enteran de que Carla ha muerto por mi causa o que yo tengo algo que ver en el asunto, tendré problemas. Carla era una mujer importante en Roma, conocía a mucha gente influyente, sabía muchas cosas. Muchos hombres tendrán problemas ahora sin su ayuda y desearán encontrar a asesino.

—¿Importante? —preguntó Fallow, sin pretender obtener una respuesta—. No será tanto. Una mujer importante en Roma aquí no es nada. ¿Quiénes son los romanos? Enanos, gente que hace milenios iba con sus espadas arriba y abajo buscando esclavos para alimentar a sus leones, nada más. ¿Qué importa que unos tipos como usted se molesten? Encontrarán a otra alcahueta, eso no es problema.

—No es problema porque los yanquis os creéis el ombligo y el cerebro del planeta, pero allí vivo yo y aquello es otro mundo.

—Trackman, nuestro hombre en Italia se pone nervioso —rezongó Fallow.

—Cálmate, Papirole, con Fallow es mejor no hacer el tonto, conoce a mucha gente. A Diamond lo metieron en una comisaría de policía porque lo exigió Fallow, lo registraron y no le encontraron ninguna cinta de video.

—Pues la tenía —gruñó Papirole.

—¿Cómo está tan seguro? —interrogó Fallow.

—Me lo confesó Carla, arrepentida de lo ocurrido y dándose cuenta de que la habían utilizado. Por eso les llamé a ustedes por teléfono. La verdad, no creí que fueran tan malignamente efectivos.

—Sí, a las pocas horas de llamarnos, esa alcahueta de mala madre se moría de una sobredosis de heroína —dijo Fallow, como satisfecho de su canallada—. Los hombres de la organización habían montado ya una vigilancia en el aeropuerto de Fiumicino para que el pájaro no escapara.

—¿Tienen sobornada a la policía?

—Siempre hay alguien que debe un favor —replicó Fallow— y los favores siempre se terminan pagando. Se trató bien a Diamond en la comisaría como correspondía a un ciudadano americano, pero en el trayecto entre la comisaría y el aeropuerto debía sufrir un accidente como su amigo O'Clan. Sus compatriotas, en esta ocasión se comportaron con torpeza; cuatro no pudieron con un hombre solo que además estaba drogado para que no ofreciera resistencia. Por lo visto, a ese Diamond había que darle una dosis de caballo, porque salió dando coces y consiguió subir a su avión. Telefonaron nuevamente desde Roma, la verdad es que el teléfono ya estaba caliente de tantas

llamadas transoceánicas —observó cáustico Fallow, prosiguiendo—: Le preparamos un buen recibimiento en América, sabíamos cuál era su coche. Mis hombres le colocaron un regalito en el motor y el tipo, que más receloso que un loro verde, antes de subir al coche abrió el motor y miró dentro. Sacó el explosivo y se fue tan campante; es más, consiguió despistar a mis hombres que seguían.

—Eso quiere decir que los yanquis son más torpes que los italianos —replicó Papiole, cansado de tanta arrogancia.

—Vayamos al grano, Papiole. ¿Qué es lo que sabe Diamond?

—No sé, me estuvo interrogando sobre la construcción de los buques.

—Pero, ¿qué es lo que sabe? —apremió, más exigente aún.

—Parece saber mucho del asunto, pero, ¿de verdad no pueden encontrarlo ustedes y taparle la boca?

—Se ha esfumado.

—Fallow, has fallado —se quejó Trackman.

—No he fallado aún, digamos que hay un espacio muerto. Cuando reaparezca le daremos su merecido.

—Fallow, ese tipo ha desaparecido y ahora no sabemos qué es lo que está tramando. Si nos hubiéramos limitado pagarle cien de los grandes, este asunto estaría solucionado ahora.

—Trackman, sabes que ese hombre no se hubiera conformado con cien de los grandes.

—Cuando nos entrevistamos con él, dijo que sí.

Fallow objetó:

—Eso era para ganar tiempo.

—A mí me pidió un millón —dijo Papiole.

—¿Un millón? —repitió Trackman, ceñudo.

Fallow añadió:

—Ya te dije que era muy ambicioso.

—Yo le prometí que conseguiría que le dieran medio millón de dólares. ¿Es eso posible? —preguntó Papiole.

—Podríamos negociarlo si supiéramos dónde está, ha desaparecido.

—Sí, ha desaparecido y ni siquiera su secretaria se acerca por la oficina, la tiene cerrada. Tenemos a un hombre vigilándola día y noche por si se acerca por allá.

—Yo creo que es un chantajista —opinó Papiole—. De lo contrario, no es tan sencillo presentar cargos. Diamond no puede acusarnos de nada.

—Pero sí puede provocar el pánico entre los accionistas.

—Yo aconsejaría que se le pague, es un chantajista —insistió Papiole con su marcado acento italiano.

—No podemos permitir que organice la estampida entre los

accionistas —gruñó Trackman—. ¿Qué podría demostrarse a estas alturas? —preguntó, encarado con Papiole.

—Pues cualquier ingeniero averiguaría que las planchas de los barcos no son del grosor adecuado, tampoco la maquinaria es la correcta sino muy inferior.

—Podría argüirse que esos buques no son los que se han de entregar a la compañía de los Hermanos del Frío —replicó Trackman.

—Sí, pero... —dijo Papiole, evasivo— ya no se podría seguir adelante con la construcción de buques porque la noticia correría por todo el planeta diciendo que esos buques son malos, preparados para ser hundidos. Si les sorprende una tempestad, no llegarán ni a abandonar el Mediterráneo, no conseguirán cruzar el estrecho de Gibraltar. Los accionistas desconfiarían lo mismo.

—Retirarían el dinero o nos pondrían a los inspectores encima —advirtió Fallow—. Ya no podríamos dar un paso y al primer tropiezo caerían sobre nosotros. Lo mejor es tapar la boca a Diamond y que todo siga su curso como hasta ahora, el proyecto está demasiado adelantado. ¿Cuándo cree que estarán listos los buques para salir de los astilleros? —preguntó a Papiole.

—En un mes. Son cascarones que no valen nada, construirlos ha sido como montar un mecano para niños.

—Bien, que el plan siga adelante. Dentro de ocho días daremos la noticia en la convención de Denver de que los buques adquiridos por la compañía pronto se harán a la mar.

—Será mejor decirlo cuando el champaña corra como un río desbordado en la fiesta de la convención —opinó Fallow.

—Sí, haremos correr el champaña, todos estarán alegres ¿Las minas están listas?

—Sí —asintió Fallow—, son del tipo alemán, de la Segunda Guerra Mundial.

—No harán lo que dicen, ¿verdad? —inquirió Papiole súbitamente asustado.

—Tú estás metido en todo esto, Papiole. ¿Qué teme ahora?

—Los marinos que vayan a bordo de esos barcos...

—Bah, no tema por ellos —replicó Fallow—. Las minas harán unos boquetes y como no habrá nada dentro de los buques que pueda estallar, tendrán tiempo de escapar en los botes mientras los barcos se hunden.

—Algunos pueden morir —insistió Papiole.

—En ese caso, el accidente dará más verosimilitud —opinó Trackman fríamente—, pero no es probable que ocurra desgracias.

—¿Cómo harán pasar los buques por el campo de minas?

—Las minas serán adosadas al casco de los buques —advirtió Fallow—. Llevarán unos buenos relojes, estallarán pocos segundos

unas de otras y los cuatro buques se hundirá al unísono. Como nos encargaremos de controlar por radio su situación en cada momento, dejaremos en la zona cinco o seis minas marinas más para que sean encontradas por quienes acudan al lugar para husmear. Todo será perfecto. Hay todavía muchas minas marinas perdidas de la pasada guerra mundial y el hundimiento de los buques y la quiebra de la compañía de los Hermanos del Frío sólo se podrá achacar la mala suerte —observó Fallow.

Sin disimular su miedo, Papiole insistió:

—¿De veras cree que todo saldrá bien, Trackman?

—Sí, todo está dispuesto para vaciar las arcas de la compañía. Cuando los accionistas quieran recuperar algo, sólo tendrán un pasivo envejecido, barcos viejos aptos para el desguace y una flota de camiones frigoríficos también viejos por los que obtendrán muy poco dinero. La compañía había llegado un momento en que necesitaba invertir mucho capital para la renovación de su flota, tanto marina como de carretera, o desaparecer, pero como teníamos mucho dinero en activo, no era cosa de devolverlo a los accionistas. En la convención de Denver City diremos que la inversión aprobada en la última asamblea de representantes dará como resultado la revitalización de la compañía con nuevos buques y el aumento de las ganancias.

—¿Y no hubiera sido mejor invertir el capital en buques buenos y continuar adelante con la compañía en vez de hundirla? —preguntó Papiole.

Trackman apartó su habano de la boca y replicó, despectivo:

—Ya no, la competencia nos ha ganado. Aprovechando el envejecimiento de nuestras flotas, se ha ido comiendo el mercado. La competencia de los japoneses y de los europeos es demasiado fuerte. A este paso, los americanos sólo exportaremos al resto del mundo material bélico. Coches, televisores, neveras, barcos y electrónica en general, lo hacen ya en otros países tan bueno como nosotros y más barato. Decir «made in USA» ya no tiene el mismo valor que lustros atrás. Los Hermanos del Frío fuimos importantes, pero ahora somos una ruina con la tesorería llena de dólares ganados años atrás. Si se termina con la compañía, se lo quedarían todo los accionistas. Hay que llevar a la compañía a la quiebra, pero que los accionistas no encuentren ni un dólar en nuestras cuentas bancarias y al mismo tiempo, que no puedan querellarse legalmente contra nosotros.

—Todo gracias a mis consejos —dijo Fallow.

—Esta clase de negocios no es nada nuevo —comentó Papiole, resabiado por el tiempo—. En Europa, cosas similares ya se han hecho muchas veces.

—Hay que dejar que los accionistas de la compañía sigan

viviendo su sueño dorado —dijo Trackman—. Que sigan creyendo que son los más inteligentes del mundo hasta que la realidad se encargue de despertarlos.

—¿Cree que se van a arrojar desde lo alto de los rascacielos, como cuando la depresión del veintinueve? —inquirió Papiole.

—No, no creo, hoy la gente no se suicida por eso —respondió Trackman—. Se emborracharán y se irán a dar un paseo con sus carros.

—Papiole, ¿por qué no se quita las gafas? —pidió Fallow.

Papiole se quitó las gafas lentamente. Fallow, al verle el ojo negro, se regocijó, riéndose a carcajadas.

CAPÍTULO XIII

Fallow en persona se había encargado de montar un eficaz servicio de seguridad en el Holliday Hotel de Denver City.

Hombres escogidos, bien trajeados, fornidos y preparados para emplearse en toda clase de lucha personal, tenían que montar una fuerte vigilancia en el hotel, vigilancia que, sin embargo, los accionistas que acudían a la convención apenas debían notar.

—Hola, querido —saludó efusivo Dennis F. Lawson.

Sandy se había vestido con una gran elegancia, muy al estilo de la *high life*.

—¿Crees que estoy mejor así? —preguntó, sonriendo con sus labios pintados, fuertes de color.

—Sí, los accionistas son tipos mayores y prefieren a las mujeres sofisticadas. En otras ocasiones, va mejor que vistas téjanos y un pullover.

—Te advierto que te voy a cobrar aparte los gastos de vestuario.

—No te preocupes, ya te pasaré un talón por los trapos. ¿Cuánto te hace falta?

—Mil quinientos.

Lawson silbó, admirativo.

—Es mucho.

—Vestir bien es caro, luego está la peluquería y el maquillaje.

—Bueno, bueno, lo importante es que todo salga bien. La compañía tiene un especial interés en que esta convención sea un éxito. Cuando los accionistas regresen a sus hogares han de hacerlo cantando y lanzando «vivas» a la compañía.

—Decidles que sus acciones han duplicado su valor y verás cómo se marchan cantando y borrachos de alegría.

—No seas bromista, nena. Ya sabes, tienes que mariposear todo lo que puedas. He dado una propina generosa al conserje y al maître del gran salón para que digan que tú eres la futura estrella de la televisión y además una gran pintora. Haz que los botones lleven algunos cuadritos a tu cuarto, habla de una exposición, di que esperas a un marchante... Haz lo que quieras pero hazlo bien, mariposea. Que los hombres asistentes se fijen en ti más que en las memorias que va a entregar la compañía.

—¿Quién es aquella mujer? —preguntó Sandy fijándose en una atractiva trigueña que iba junto a Fallow, seguida por un cargamento de maletas que transportaban los botones.

—Es Marga, la fulana del gran jefe.

—¿De Trackman?

—Mejor no pronunciar nombres.

—Pero, ¿Trackman no está casado con otra mujer?

—Si, pero Trackman se siente mejor con esa Marga. Adonde va él, ella le acompaña.

—Pues no parece nada especial.

—Para Trackman sí lo es.

—¿Es que sólo funciona con ella?

Dennis Lawson sonrió y prefirió no responder. Se despidió de Sandy, tenía muchos problemas que resolver. En sus manos estaba que la convención fuera un éxito o un fracaso al margen de lo que se pudiera decir respecto a la compañía.

Lawson era consciente de que en aquella ocasión habían puesto a su disposición más dinero que nunca para que la convención resultara exitosa.

Fallow dejó que Marga siguiera con los botones y él se dirigió a una salita donde le esperaban Horsy y Lewis.

—¿Estáis armados?

Los dos hombres asintieron con la cabeza.

—He repartido fotos de Diamond entre los agentes de seguridad que controlan el hotel. Si aparece, le descubrirán.

—¿Qué hacemos si lo vemos? —preguntó Horsy.

—Lo más prudente sería eliminarlo, pero es mejor no armar un escándalo, hay que actuar discretamente.

—Si hace algún intento de armar un escándalo, ¿qué hacemos?

—Eliminarlo al precio que sea. Acusadle de ladrón, de asesino o de saboteador, lo que sea. Luego ya explicaremos que es armenio, turco o cubano, lo que se nos ocurra. Tengo la impresión de que vendrá por aquí.

—Le recibiremos con discreción, llevamos los silenciadores —dijo Horsy sacando una pistola provista de silenciador.

Lewis, a su lado, hizo lo mismo. Fallow sonrió y dijo:

—Que la artillería no se os vea demasiado, no quiero que los accionistas se asusten. Ah, tengo a un hombre vigilando desde una ventana con una telecámara. Cualquiera que se acerque al hotel, a pie o en coche, no le va a pasar por alto.

Minutos después, Fallow se encontraba con Trackman que había montado un despacho en la suite presidencial del hotel.

—¿Todo bien?

—Sí, están llegando los vuelos charter y los autocares, todo perfecto.

—¿Y las bebidas?

—No temas, ya me he encargado de que haya euforizantes en todas las bebidas, incluido el champaña. Hay unas hipodérmicas muy duras que perforan primero el metal protector y luego los corchos. Está garantizado que en todas las botellas habrá drogas euforizantes en cantidades pequeñas, pero es seguro que van a hablar por los codos y se van a reír como nunca. Si les explican un chiste se van a revolcar por el suelo y si les dan cifras, no se enterarán de nada. El ambiente será muy bueno.

—Fallow, eres un experto en divertir a los borregos. Ahora hay que esquilarles la lana y una vez pelados, que se vayan a sus casas pensando que lo han pasado mejor que nunca. Ya les llegará el tiempo de las lágrimas.

Todo estaba preparado para que la convención funcionara como Trackman y Fallow deseaban, y había quienes vigilaban para que Alf Diamond no pudiera llegar al hotel sin que detectaran su presencia.

Por otra parte, se confiaba en que el investigador privado no se enterara de la convención, ya que no se había publicado en periódico ni revista alguna, aunque sí se habían asegurado de que los accionistas recibieran su invitación personal.

Nadie pareció reparar en el baúl que unos botones llevaron con un carrito a la habitación de Sandy. Detrás baúl del seguían unos cuadros y otro botones con el caballete, que Sandy dio cinco dólares para que lo pasara por el bar y los jardines. Así, los asistentes a la convención se fijarían él y se preguntarían para qué iba a servir.

Dio su tip2 al jefe de botones y cuando quedó a solas puso la llave en las tres cerraduras del baúl colocado en vertical. Al abrirlo apareció Diamond.

—¿Cómo te encuentras, querido? —le preguntó Sandy.

—Uf, es el peor sistema de viaje que he utilizado jamás. Durante dos horas me han tenido cabeza abajo.

—No me digas —se echó a reír Sandy.

—Por lo visto no se han fijado en la flecha indicativa posición y me han puesto al revés, he estado a punto congestionarme.

—Pobrecito —le elijo Sandy, mimosa, besándole en labios.

—Ahora hay que comenzar a actuar.

—Cuando tú digas. Yo sólo soy un apéndice de la convención. Según Lawson, el director de relaciones públicas, tengo que mariposear cerca de los hombres, dejarme invitar y explicar proyectos de grandeza. Quién sabe, a lo mejor hasta vendo alguno de mis cuadros.

—¿Cuándo es la recepción de gala?

—Esta noche, a las once y media.

—¿Tan tarde?

—Sí. De siete a ocho hay una cena frugal y a las once y media será la cena de gala. Están habilitando el salón presidencial. No faltará de nada, van a comer y beber a dos carrillos y se chuparán los dedos con el fabuloso pastel preparado.

—¿Pastel y todo?

—Sí, creo que los pasteles son las maquetas de los buques que han hecho construir.

—Vaya sádicos. En fin, entonces a las once es la hora de la verdad.

—¿Las once?

—Sí, te encargarás de que pasen esta cassette por el video del circuito interior; todas las habitaciones tienen televisión conectada al video y circuito cerrado. Dile al tipo que se encargue de ello que es orden de Lawson.

—De acuerdo. ¿Cómo crees que debo vestirme? Después de todo, no estoy invitada a la gran cena de gala, yo no soy accionista.

—Ni tampoco estafada. Vístete con un complet ajustado y ponte zapatos aptos para correr. Lo que vamos a hacer no va a sentar nada bien a los estafadores.

—De acuerdo, me pondré en plan pantera para poder correr.

—Si hay que correr y sales del hotel, doscientos metros más lejos, en la misma acera, está estacionado mi coche. Toma un juego de llaves, el que llegue primero que se esconda dentro.

—De acuerdo —volvió a besarle—. No dejes que te maten, amor.

Se separaron y Sandy se quedó con la cinta para video. A la hora en que debía pasarse por el circuito cerrado, todos los accionistas estarían en sus respectivas habitaciones, vistiéndose para la cena de gran gala. Era muy posible que tuvieran conectada la televisión y los que no la vieran, sabrían la noticia por los demás.

—Hola, Marga.

Marga se volvió y miró sorprendida a Alf Diamond.

—¿Tú aquí?

—Sí, tengo que ver a Trackman —le dijo, cuando ya habían transcurrido las horas y faltaban pocos minutos para las once de la noche.

—Precisamente iba a verlo a la suite presidencial.

—Entonces, vamos juntos.

El guardaespaldas que controlaba la puerta no opuso reparos a la entrada de Marga, pero al mirar a Diamond pensó que aquella cara la conocía.

Trackman se puso lívido al ver a Diamond. Fallow, a su lado, dio un brinco en la butaca.

—¿Cómo ha conseguido entrar? —rugió Fallow.

—Volando, tengo alas invisibles —respondió. Papiole entró en aquel momento en la suite y Alf le preguntó—: ¿Aún lleva gafas, tan duro le aticé?

Papiole, desconcertado, miró a Trackman. Fue Fallow quien intentó solucionar la situación.

—Tendrá el medio millón que pidió si no abre la boca.

—Me doy cuenta de que el cadáver de Hammon no aparecerá jamás y tampoco se podrá capturar al asesino de mi amigo O'Clan.

—En toda batalla siempre hay muertos —replicó Fallow—. Los vivos se quedan el botín y los muertos, las flores. Medio millón duerme cualquier conciencia.

—La mía, no, caballeros, la mía no.

Se acercó a la televisión y la puso en marcha; luego se volvió.

—De alguna manera tienen que pagar lo que han hecho, está claro que los tipos como ustedes quedan siempre a salvo de la justicia porque operan internacionalmente y tienen muchas amistades, pero...

—Acabemos, Diamond, nos esperan en el gran salón presidencial. La cena de gala y bienvenida va a comenzar dentro de pocos minutos.

—Lo sé e imagino que todos los accionistas estarán en sus respectivas habitaciones vistiéndose y con la tele puesta, por eso podrán ver este programita especial...

—¡Mamma mía, si soy yo! —exclamó Papiole al verse en pantalla.

—Sí, es usted y su confesión, Papiole, toda su confesión más unas palabritas más como colofón. Con esta cinta no podría ir a ningún tribunal, pero los accionistas pueden espabilarse y exigir las cuentas claras.

—¡Maldito sea! —masculló Fallow.

Al tratar de sacar una pistola, recibió un mae-geri de Karate. La patada látigo en el dorso de su mano le hizo perder el arma.

Trackman aprovechó para pulsar un botón de llamada. Casi instantáneamente penetró en la suite el guardaespaldas que atacó a Diamond, pero éste supo replicarle con técnica de full contact hasta dejarlo tumbado.

Trackman trató de llamar por teléfono para que dejaran de emitir el video, pero Alf le arrebató el auricular de la mano y arrancó el cordón mientras le proyectaba un contundente puñetazo entre las

cejas que lo envió de espaldas al suelo para no levantarse en largo tiempo.

Mientras Papirole se escurría por la puerta a la carrera, Fallow trató de recuperar su arma sin conseguirlo. Se enzarzó en una pelea con Diamond y éste le derribó.

Diamond miró la televisión, vio que el programa seguía adelante y creyó oportuno esfumarse en aquellos momentos.

Un rumor de rabia crecía dentro del hotel, contagiándose de habitación en habitación. A través de aquel programa, los accionistas se daban cuenta de que estaban siendo estafados.

Alf salió del hotel, pero ya Horsy y Lewis le habían visto. Sandy había escapado también y le aguardaba dentro del coche. Diamond saltó al interior del mismo exclamando:

—¡Querida, la convención se ha convertido en un avispero!

Los accionistas, rugiendo, corrieron hacia el salón presidencial. Detrás de unas mamparas descubrieron los buques de pastelería y los hundieron a puñetazos. Luego, corrieron en estampida por el hotel buscando a Trackman.

Fallow se había recuperado y unido a Horsy y a Lewis que le dijeron:

—¡Están allá abajo, en un coche!

—¡Hay que matar a ese tipo!

A bordo de su Mercedes, Diamond pisó a fondo el acelerador y comenzó una mortal persecución nocturna por calles en contradirección, saltando parterres y esquivando a otros vehículos.

Tras ellos, a bordo de un potente Ford, disparaban los hombres del mundo del crimen organizado.

Las balas perforaban la chapa del vehículo que huía hasta que Alf efectuó un giro brusco porque iba de cara contra un camión de recogida de basuras.

Sus perseguidores no se percataron de ello y se estrellaron de forma aparatosa. El coche no se incendió, pero cuando los basureros miraron su interior, sólo encontraron tres hombres que agonizaban mientras su sangre se mezclaba con el aceite del cárter del motor.

EPÍLOGO

—¿Qué te ha dicho el fiscal? —preguntó Sandy.

—Que tenía que haber denunciado los hechos a la justicia, pero yo le he replicado que no tenía suficientes pruebas. Lo malo fue que los accionistas, coléricos, arrojaron a Trackman a la piscina y no sabía

nadar. Me temo que lo van a dejar como accidente.

—En tiempos del lejano Oeste, a eso le hubieran amado linchamiento —opinó Sandy.

—Sí, pero no sería bueno publicar que los accionistas han linchado al presidente del consejo de administración de una compañía —suspiró—. El fiscal no va a presentar cargos contra mí y sí contra Lawson, el hombre de las relaciones públicas, por haber puesto droga en las bebidas. Se le va a acusar de sobreexcitar a los asistentes a la convención con drogas, lo que les llevó a lanzar al presidente a la piscina. Papirole ha escapado, aunque no creo que llegue lejos, su confesión no será perdonada por los miembros del crimen organizado de América. En fin, para nosotros es un asunto finiquitado.

—Entonces, te llevaré a mi apartamento, tengo que seguir pintándote —le dijo Sandy al tiempo que buscaba con sus labios la boca del hombre.

Diamond apartó ligeramente su boca de ella para decirle:

—La junta de accionistas se va a hacer cargo de mis honorarios tal como esperaba.

—Magnífico, pero ahora deja que te bese...

FIN

SENSACIONAL DESCUBRIMIENTO CIENTÍFICO. EL CABELLO VUELVE A BROSTAR DE NUEVO. LA CALVICIE SUPERADA.

**EXITO ALCANZADO POR EL DOCTOR ROBERT MARHSALL, RENOMBRADO
BIÓLOGO E INVESTIGADOR DE FAMA INTERNACIONAL.**



Rueda de prensa celebrada por el Doctor Robert Marhsall

En la última rueda de prensa convocada por el prestigioso Doctor Robert Marhsall, a preguntas de los informadores el ilustre Biólogo manifestó textualmente lo siguiente:

"De los experimentos realizados con BIOTIN SOLUTION me siento muy satisfecho por los éxitos obtenidos. El principal objetivo consistía en reactivar y fortalecer el crecimiento del cabello existente, pero hemos quedado verdaderamente asombrados ya que además de lograr este propósito observamos maravillados que con BIOTIN SOLUTION el pelo volvía a crecer de nuevo."

"Comenzamos los experimentos con veintiocho mujeres, cuyos cabellos faltos de densidad raleaban como consecuencia de aumentos de secreción de la grasa sebácea y progresiva atrofia de los bulbos capilares, así como también con veintidós hombres con problemas de calvicie motivados a las concentraciones

de testosterona acumuladas bajo el cuero cabelludo."

"Sus edades oscilaban entre los 28 y 64 años, aunque representaban bastante más de las que tenían."

"Empezaron muy desconfiados por haber aplicado otros tratamientos en los que les ofrecieron muchas garantías y resultaron un fracaso."

"Durante los primeros quince días ya apreciamos progresos muy satisfactorios, observando que el pelo existente había dejado de caer e iba adquiriendo consistencia y robustez."

"Antes de haber transcurrido dos meses logramos estimular la circulación de la sangre en el cuero cabelludo latente dando nueva vida a los bulbos capilares, dejando eliminadas las principales causas que impedían el crecimiento del cabello y contemplamos maravillados que el pelo comenzaba a brotar de nuevo."

(Continúa en la página siguiente)



Antes del tratamiento

Al terminar el primer mes

Finalizado el tratamiento

"En el tercer mes fue adquiriendo más cuerpo, vigor y volumen, alcanzando al final esa exuberante cabellera tupida, sedosa y larga por toda persona deseada."

"Como garantía les presento unas fotografías auténticas del proceso de recuperación del cabello mediante tratamiento con BIOTIN SOLUTION que se conservan en los archivos de los laboratorios."

"Y por último les diré que BIOTIN SOLUTION es un complejo vitamínico para usar como masaje del cuero cabelludo, utilizado por sus sorprendentes efectos solamente en centros exclusivos de alta especialización, pero ahora le hemos lanzado directamente al mercado prescindiendo de intermediarios y abaratando su precio para que se pueda seguir el tratamiento en el mismo domicilio, ya que es excepcionalmente eficaz en hombres y mujeres a cualquier edad."

Aquí finalizan las manifestaciones del prestigioso e ilustre Doctor Robert Marshall sobre el descubrimiento de BIOTIN SOLUTION, maravilloso producto que vigoriza las raíces de los cabellos y estimu-

la activamente su multiplicación.

Si usted también tiene algún problema de cabello utilice BIOTIN SOLUTION que será su única solución.

BIOTIN SOLUTION es una linda forma garantizada de rejuvenecer y de realizar la belleza.

Aplice usted BIOTIN SOLUTION en su casa y conseguirá esa tupida, voluminosa y superabundante cabellera imprescindible para completar su elegancia.

¡NO LO DUDE! Haga usted HOY MISMO su pedido enviando a Marcas Extranjeras, Apartado de Correos n° 536, Santander, su dirección completa escrita con letra muy clara en sobre cerrado y debidamente franqueado, sin necesidad de recortar y acompañar el boletín de pedido.

Ventas para España: Exclusivamente por correo contra reembolso. Precio de cada frasco 1.975 pesetas. Gastos de embalaje y envío certificado 225 pesetas.

Para el extranjero escriban antes consultando importes.

BOLETIN DE PEDIDO

Marcas Extranjeras, Apartado de Correrros n°. 536. Santander (España)

Nombre

Apellidos

Calle

N.º

Piso

Población

D. Postal

Provincia

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

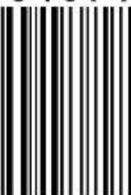
ROJO



ISBN 84-02-02520-X



01074



9 788402 025135

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Notas

[←1]

Denver, a 1.760 metros sobre el nivel del mar, a menudo es llamada la Ciudad de la Milla, por estar tan alta. (N. del A.)

[←2]

Propina.

Table of Contents

LA CONVENCIONDE LOS BORREGOS

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII

EPÍLOGO